



Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

Solaces de un prisionero o Tres noches de Madrid

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

Solaces de un prisionero o Tres noches de Madrid

Comedia en tres jornadas

PERSONAS

El Rey Francisco de Francia, galán.

El Emperador Carlos V, galán.

Doña Leonor, dama.

Doña Elvira, dama.

El Conde, barba.

El Comendador, viejo.

Don Hernando de Alarcón, viejo.

Anacleta, dueña.

Leonarda, criada.

Pierres, gracioso.

Tomate, lacayo.

Un alcalde de corte.

Tres alguaciles.

Ronda, con linterna.

La acción pasa en Madrid, en el año 1525.

Jornada primera

ESCENA PRIMERA

La escena representa una calle de Madrid. de noche, y salen embozados el REY y PIERRES.

PIERRES La escena está tan oscura
que ni los dedos se ven,
y si has de reñir también,
no pegarme a mí procura,
como anoche aconteció,
pues cuando a palos andabas
y a los músicos cascabas
un trancazo me alcanzó.

REY No habrá esta noche quimera,
que no siempre hemos de hallar
músicos que apalea.

PIERRES El Cielo santo lo quiera,
y darte juicio, señor.

REY Y ¿en qué me falta juicio?

PIERRES En buscarte un precipicio
tras estos lances de amor.

De que prisionero estás
y de que a hurtadillas sales,
donde es fácil que resbales,
olvidando siempre vas;
y emprendes a cuchillada,
sin temer ser descubierto,
que va a ser el fin por cierto,
señor, de estas escapadas.

Y yo el que pague el escote,
por ir siempre junto a ti.

REY ¿Qué pueden hacerte, di?

PIERRES Nada; apretarme el gañote.

Si el perrazo que nos cela
oliese algo... ¡San Antonio!,
con él, el mismo demonio
fuera un niño de la escuela.

REY Advierto por cuanto dices
que el alcalde es tu manía.

PIERRES Lo traigo de noche y día
a caballo en las narices.

¿Y es viejo con quien se puede
andar en burlas, señor?

REY No, a fe; que a nadie en valor
y en noble entereza cede.

PIERRES Pues verás...

REY ¿Qué, majadero,

si está én su cama roncando,
muy ajeno de que ando
haciendo damas terrero?

PIERRES Si armas tanta batahola
metiéndote a espadachín,
ha de descubrir al fin
que le hacemos la mamola.
Mas si ésta es la casa, ¿qué
esperas?

REY A que el reló
dé las once.

PIERRES Ya las dio.

REY Mas la seña aún no se ve.

PIERRES ¡Pese a la dueña ladina,
y lo que esta noche tarda!

Pues yo con un canto...

(Busca una piedra por el suelo.)

REY Aguarda,
que hacia aquí una luz camina.

PIERRES (Asustado.)

¿Una luz?... Sí. ¡Valga al diablo!...

Y mucha gente... ¡Ay de mí,

que ya tenemos aquí

al alcalde!... Guarda, Pablo.

Retirémonos, si no...

REY Sabe, para tu gobierno,
que, aunque viniese el infierno,
no he de retirarme yo.

PIERRES ¡Adiós!... Pendencia tenemos.

REY De mi acero a un solo amago
la luz importuna apago,
y luego después veremos.

PIERRES Después que apagues la luz,
¿qué, señor, hemos de ver?

REY Toda esa gente correr.

PIERRES ¿Son demonios, y tú, cruz?

REY (Saca la espada y vuelve a embozarse.)

Si de estorbo has de servir,
sepárate pronto a un lado.

PIERRES ¿Que estorbo soy has dudado
si se trata de reñir?

(Se separa. Salen el Alcalde, los tres Alguaciles y otros que forman la ronda con una linterna encendida.)

ALCALDE ¿Quién va a la ronda?... ¿Quién va?

¿Quién va a la ronda?

REY Ni voy,
ni vengo, que quieto estoy.

ALCALDE Y ¿qué es lo que haciendo está?

REY Tomando el fresco.

ALCALDE Acercadle.

la luz y reconocedle;
y si armas lleva, prendedle
y a un calabozo llevadle.

REY (Aparte.)

Con la Justicia este enredo
me pesa, que el ampararla
es mi oficio; mas dejarla
reconocerme no puedo.

¡Gran compromiso!...

(Alto.)

Mirad...

ALCALDE Nada hay que ver. Al momento
mi superior mandamiento
con ese hombre ejecutad.

REY (Aparte.)

¡Grave apuro!...

(Se desemboza, da de cuchilladas a todos y se apaga la luz.)

(Alto.)

Pues yo así

me dejo reconocer,
que ni al infierno poder
le concedo sobre mí.

(Vase.)

ALGUACIL 1.º Es un demonio.

ALGUACIL 2.º (Cayendo atropellado.)

¡Ay!

PIERRES (Aparte.)

Con él

me escurro, pues paso abrió.

(Vase, y lo sigue el Alguacil tercero.)

ALCALDE Favor al rey.

ALGUACIL 1.º Escapó.

ALGUACIL 2.º Pues que lo siga Luzbel.

(Sacan luces a algunos balcones, se abre una puerta del fondo y sale el Comendador, con
espada y broquel, sin sombrero y como de casa.)

ALCALDE (Reforzando la voz.)

¡Ánimo! Favor al rey.

COMENDADOR A dárselo vengo yo,

que del que noble nació
el dárselo, y pronto, es ley.

¿Qué desorden ha ocurrido?

ALCALDE Un hombre, que con malicia
se resistió a la Justicia
y que con ella ha reñido.

A la espada mano echó,
la luz matando, y, valiente,
acuchillando a esta gente,
sin saber cómo, se huyó.

COMENDADOR Detrás de él, señor alcalde,
vamos.

ALGUACIL 3.º (Que vuelve cansado, después de haber perseguido a Pierres y al Rey.)
Imposible es.

Yo, que tengo buenos pies,
le he seguido, pero en balde.
La oscuridad le ha salvado;
tomó por la callejuela,
y no corre, sino vuela,
y juzgo va acompañado.

COMENDADOR Un raterillo será.

ALGUACIL 1.º Debe ser gran malhechor.

ALCALDE El es hombre de valor;
mas quién es, Dios lo sabrá.

COMENDADOR Señor, el desaire siento
en que la Justicia queda;
si algo juzgáis que yo pueda
por ella hacer, al momento
cumpliré vuestros mandatos,
que a un hidalgo militar
le toca siempre vengar
semejantes desacatos.

ALCALDE Habláis como bien nacido:
que a la Justicia del rey
acatar, suprema ley
de los nobles siempre ha sido.
Mas gracias tan sólo os doy,
pues no necesito nada.
Esto es ya cosa acabada.

COMENDADOR A todo dispuesto estoy;
y si descansar gustáis,
ésta es mi casa: os la ofrezco.

ALCALDE Con el alma lo agradezco;
como quien sois os portáis.

Es precisa obligación
seguir la ronda.

(A la gente.)

Encended
esa linterna y tened
más pies o más corazón.
(Vuelve uno con la linterna encendida.)
¡Dios os guarde, caballero!
Mil gracias y descansad.

(Vase con toda la ronda.)

COMENDADOR Con cuanto valgo contad;
con mi casa y con mi acero.

(Vase.)

ESCENA II

Sala de una casa particular, con mesa y sillas, una puerta en el fondo, y salen DOÑA LEONOR y DOÑA ELVIRA; muy sobresaltadas, ANACLETA y LEONARDA, cada una con un candelero en la mano y las velas encendidas.

DOÑA LEONOR El era, sin duda, Elvira,
y acaso ya preso va.

DOÑA ELVIRA El era, según la hora,
y como no pudo entrar...

DOÑA LEONOR La tardanza de Anacleta...

ANACLETA Señora, sin seso estás.

No ha sido tardanza mía,
ha sido que la señal
no pude hacer, porque estaba
el amo sin acostar.

LEONARDA (Observando.)

La calle se ha sosegado;
no suena una mosca ya,
y el señor por la escalera
sube y se nos viene acá.

DOÑA ELVIRA Disimula, prima mía;
no dejes ver tu ansiedad,
pues que vuelve nuestro tío
y pudiera sospechar.

(Sale el Comendador. Anacleta y Leonarda ponen las luces sobre la mesa.)

DOÑA LEONOR (Con ansiedad.)

¿Qué ha sido, señor, el lance?

COMENDADOR Nada ha sido en realidad,

y mucho. Nada, porque
el hombre sin hacer mal
parado estaba en la calle,
y mucho, porque insultar
osó a la Justicia. Nada,
porque el hombre se fue en paz;
mucho, porque ha apaleado
a alguaciles y demás.

Pero sosegado todo
y tranquilo queda ya.
Sigue el alcalde su ronda,
y el hombre, que es bravo asaz,
va descansando en su casa,

si es que la tiene, estará.

DOÑA LEONOR ¿Conque se salvó?

COMENDADOR Salvóse.

DOÑA LEONOR ¿Y ha habido sangre?

COMENDADOR No tal

trancazos y más trancazos,
y voces, y nada más.

Estas rondas de alguaciles
son siempre cosa fatal.

Sin motivo empeñan lances
por si algo hay que pescar;
y en hallando resistencia
al punto se hacen atrás,
quedándose la Justicia
desairada, que es gran mal.

Los soldados solamente
son los que saben rondar,
pues como nunca escribanos
con ellos a ronda van,
ni esperan recoger multas,
no incomodan al que está
sin hacer daño, y en viendo
motivo, saben pegar.

Ya es de recogernos hora.

Leonarda, baja al zaguán
y echa la llave a la puerta.

Sobrinas, con Dios quedad.

(Vase por la puerta del fondo, y vase Leonarda.)

ANACLETA Si hace dos horas se hubiera
su merced ido a acostar,
de toda esta zalagarda
nos ahorráramos el mal.

DOÑA LEONOR Pues que se marchó mi tío,
otra vez mira si está
la calle sola, que acaso
aun puede volver don Juan.

DOÑA ELVIRA Dudo que vuelva esta noche.

ANACLETA (Figurando que se asoma a un balcón.)

Es tanta la oscuridad
que nada se ve, señora.

DOÑA LEONOR No importa; pon la señal,
y está, como siempre, alerta.

ANACLETA Pondré el pañuelo; mas ya,
aunque vuelva, muy difícil
ha de ser que pueda entrar.

DOÑA LEONOR Si torna, y entrar no puede,
por la reja del portal

o por el jardín, si es pronto,
hablar conmigo podrá.

DOÑA ELVIRA ¿No fuera, prima, mejor...?

DOÑA LEONOR Tú lo que temiendo estás

es que el reloj dé la una,
porque el mío y tu galán
no se encuentren en la calle
y la enrede Barrabás.

Pero son las once y media,
y yo, cuidosa, además,
sabré evitar un encuentro.

DOÑA ELVIRA Sé que bien medido va

el tiempo, y que incomodarnos
es imposible jamás;
pero como por las verjas
del jardín dices...

DOÑA LEONOR Es tal

mi turbación, que le dije,
prima mía, sin pensar.
El jardín es tu terreno,
y en quietud lo gozarás.
Pues sabes, amada Elvira,
que sangre y cariño en tan
estrecho lazo nos unen,
que un alma somos no más.
Anacleta, atenta escucha,
y si notas...

ANACLETA Descuidad.

(Vase.)

DOÑA LEONOR (Se sienta.)

Supuesto que ya la dueña,
por mí alerta, en su balcón
espera con atención
si acaso advierte la seña
que anhela mi corazón,
y supuesto que Leonarda,
dentro de tu camarín,
el trinar del bandolín
cuidosa, cual siempre, aguarda
para llamarte al jardín,
ambas, si no te importuna,
aquí podremos charlar,
puesto que me iré a acostar
en cuanto suene la una;
que no te he de incomodar.
Pero entre tanto que da,
como es, prima, el tiempo mío,

no te incomodo, y confío
que en tu amistad hallará
consuelo mi desvarío.
Pues estoy, te lo confieso,
tan enamorada y tan
prendada de mi don Juan,
que tengo perdido el seso.
¿No es discreto?... ¿No es galán?

DOÑA ELVIRA (Apoyándose en el respaldo de la silla de Doña Leonor.)

No sé qué decir, Leonor,
recordando la altiveza
con que ornabas tu belleza,
al verte hoy con tanto amor
trastornada la cabeza.

DOÑA LEONOR Si lo consideras bien,

de ese tu asombro saldrás.
Advierte qué errada estás;
porque dime, prima: ¿quién
dio al amor reglas jamás?
Fue altivo mi pensamiento,
mientras ninguna afición
penetró en mi corazón;
logrólo una, y al momento
se mudó mi condición.
Que por haber sido esquiva
un año, ni dos, ni tres,
preciso, prima, no es
que lo sea mientras viva,
libre de todo interés.

Que el ser duro un corazón
no es culpa suya en verdad:
culpa es de la habilidad
de quien fuera de sazón
pretende su voluntad.
Y la altivez de mujer,
por mucha que quiera ser,
dura hasta que de su pecho
el camino más derecho
llega un venturoso a ver.

DOÑA ELVIRA Mas ¿cómo en tan pocos días,
perdiendo tu altiva calma,
a punto que desvarías,
pudiste rendir el alma
al amor que aborrecías?

DOÑA LEONOR ¡Ay Elvira! Del amor
no acontece la ruina
con el paso a que camina

lento el tiempo destructor:
es la explosión de una mina.

Y se dice dar flechazo,
herir con amor, porque
ni se aguarda ni se ve;
llega de golpe y porrazo
y sin saber cómo fue.

Y llama, prima, en rigor,
que con encenderse tarda,
y obsequio y ruegos aguarda;
si acaso es llama de amor,
es una llama bastarda.

Que amor no quiere razón
para serlo; nace y crece
sin motivo ni ocasión,
y al mismo paso perece.

¿Quién comprende el corazón?

DOÑA ELVIRA Al cabo, un aventurero,
galán sí, pero extranjero,
que quién es no hemos sabido,
el afortunado ha sido,
que rinde tu pecho fiero.

DOÑA LEONOR No sé yo que para amar.
pues que no está en nuestra mano,
sea preciso examinar
si el galán es castellano,
extranjero o de ultramar.

Y don Juan, por ser francés,
no pierde nada, a fe mía,
pues de su noble hidalguía
prueba harto patente es
su discreta bizarría.

Ni es, prima, un aventurero:
es un noble caballero,
que de caballero a ley
viene a servir a su rey,
que está en Madrid prisionero.

DOÑA ELVIRA Siempre anda en la noche oscura...
Siempre ocultarse procura...

DOÑA LEONOR Al objeto con que viene
a España, tener conviene
gran recato y gran cordura.

(Con cariñosa malicia.)

Mas ahora voy contra ti,
pícara, que así me arguyes,
pues aunque mis ojos huyes,
no me la pegas a mí.

Pero no estás, ya se ve,
como estoy yo enamorada,
y puedes, disimulada,
caminar con cauto pie.

DOÑA ELVIRA (Sonriendo.)

Lo estoy, prima.

DOÑA LEONOR No lo estás;
lisonjeada, sí.

DOÑA ELVIRA Leonor...

DOÑA LEONOR Con más orgullo que amor
tras de un alto empeño vas.

DOÑA ELVIRA (Fingiéndose ingenuidad.)

Pues ¿don Félix Coronel...?

DOÑA LEONOR Don... ¿qué? Tu labio parece
que a ese nombre se entorpece
y que no atina con él.

¡Don Félix! Quién es tu cuyo,
hasta con él aparentas
ignorarle, y así aumentas,
más que tu delirio, el suyo.

DOÑA ELVIRA (Turbada.)

¿Yo, prima?

DOÑA LEONOR Aunque eres discreta,
colorada te me has puesto,
y es seguro indicio esto
de que te acerté la treta.
En fin: en vano procuras
que yo quede convencida,
porque entre sastres, querida,
no se pagan las hechuras.
Que era extranjero don Juan
me dijiste, y considero
que también es extranjero
tu don..., en fin, tu galán.
Y también, por vida mía,
se oculta, y hace muy bien.

DOÑA ELVIRA De tu malicia detén
el vuelo, que se extravía.

DOÑA LEONOR No se extravía, por cierto,
ni se sale del camino
y ese afán que de continuo
en ti, amada Elvira, advierto
de que no se hallen los dos
en la calle, es muy prudente;
y no es tuyo solamente,
que es también mío, ¡por Dios!
Tengo en ello gran cuidado,

con inquietud lo vigilo,
porque diz que siempre el hilo
quiebra por lo más delgado.

Ya, querida prima, ves
que, aunque eres tan reservada,
nada se me oculta, nada.

DOÑA ELVIRA Penetración grande es
la tuya, te lo confieso;
mas sospechas hay no más
de lo que afirmando estás.

DOÑA LEONOR Sospechas de mucho peso.
(Entra Anacleta.)

ANACLETA (A Doña Leonor.)
Ya es muy tarde, señorita,
y sin fruto el esperar;
podéis muy bien renunciar
por hoy a tener visita.

DOÑA LEONOR ¿No has visto nada en la calle?

ANACLETA Varios hombres que cruzaron,
pero que no se pararon.

DOÑA LEONOR ¿No conociste en el talle...?

ANACLETA Los bultos tan solo vi,
que la noche es muy oscura.

DOÑA LEONOR Aun más lo es mi desventura;
todo me sucede así.

(Entra Leonarda.)

LEONARDA (A DOÑA ELVIRA.)

Pronto, bajad al jardín,
que aunque no ha dado la hora,
el galán que os enamora
ha tocado el bandolín.

DOÑA LEONOR Eres Elvira, dichosa
y debes serlo, en rigor.

DOÑA LEONOR Otra noche, mi Leonor,
serás tú la venturosa.

(Vanse.)

ESCENA III

Jardín con parte de verja a un lado, y en ella una puerta practicable, por la que salen embozados el EMPERADOR y TOMATE, éste con un bandolín en la mano, y queda a la parte de fuera el CONDE.

EMPERADOR (A la puerta.)

Esos galanes me dan
cuidado, conde, por Dios;
pues dos noches van ya,

dos, que en estas calles están.

CONDE Si me hubierais permitido
reconocerlos, acaso...

EMPERADOR Hubiera sido mal paso
un lance comprometido.

CONDE ¿Si queréis que hasta la aurora
yo atento la calle ronde...?

EMPERADOR No es ya necesario, conde;
id a descansar ahora.

Un breve instante esperad,
y al momento os podéis ir.

CONDE Mi obligación es servir
siempre a vuestra majestad.

(Vase.)

EMPERADOR Fuerza es dejar la relevante esfera
de la alta majestad, del sumo mando,
para poder gozar de cuando en cuando
los bienes de la vida placentera.

El blando amor y la amistad sincera
huyen del trono y del poder temblando;
aunque en el trono y el poder, ansiando
dulce amor y amistad, un hombre muera.

De la vida, común, yo, así encubierto
mi nombre y mi dominio sin segundo,
vengo a buscar el sosegado puerto.

¿Pues que, sin amistad y amor, el mundo
es para el hombre? Un árido desierto,
un ciego abismo, un piélago profundo.

(Se pasea.)

TOMATE Señor, doña Elvira llega.

EMPERADOR Más bien dijeras el sol,
con cuyo hermoso arrebol
en luz mi pecho se anega.

(Sale Doña Elvira.)

DOÑA ELVIRA Don Félix...

EMPERADOR Mi señora,
hoy madruga la aurora
y más temprano para mí amanece;
tal vuestra faz hermosa resplandece
a mis amantes ojos,
que estas sombras son ya celajes rojos,
y vuestra luz divina
me abrasa el alma, el pecho me ilumina.

DOÑA ELVIRA Siempre galán y siempre lisonjero.

EMPERADOR Siempre rendido amante,
que os ofrece anhelante
un alma ardiente, un corazón sincero;

un alma, un corazón..., ¡ah! (permitidlo
a mi labio y oído),
a quienes turba y viste
hoy una sombra oscura,
que aun a vuestra presencia se resiste,
cubriéndolos de luto y de amargura.

DOÑA ELVIRA ¿Y qué sombra, don Félix? No os comprendo.

EMPERADOR Ni tampoco me entiendo,
señora, yo a mí mismo,
porque un pecho celoso es un abismo.

DOÑA ELVIRA Vos os burláis, sin duda.
¿De una dama cual yo...? Me dejáis muda.
(Aparte.)

¡Qué bien, cielos! Temía
que al cabo con don Juan se encontraría.
(Alto.)

Explicaos luego, luego.

EMPERADOR ¡Ah! Que no os enojéis, señora, os ruego.
Ved las ansias mortales con que lucho;
escuchadme y callad.

DOÑA ELVIRA Callo y escucho.
(Hablan aparte.)

TOMATE (A Leonarda.)

Pues qué, ¿sin luz se viene la maldita?
Que aunque se despepita
mi corazón por ella y mi deseo,
el demonio me lleve si la veo,
y será conveniente
que el tacto me asegure...

(Va a abrazarla.)

LEONARDA Arre, insolente.

¿No basta el rosicler de mi belleza
para que se ilumine su cabeza?

TOMATE Por más que te encandilas,
nada, nada descubren mis pupilas.

LEONARDA Da un puñetazo en ellas,
y verán las más mínimas estrellas.

TOMATE ¡Oh crueldad de estropajo!

LEONARDA ¡Terneza lacayuna! ¿Qué hay, bergante?

TOMATE Mi corazón flotante
partido está por ti de arriba abajo,
y hoy lo destroza, ¡cielos!,
la tenaza encendida de los celos.

LEONARDA ¿Un pícaro también...?

TOMATE También, bribona;
porque de una fregona
tener bien puede celos un lacayo,

y aun regalarte un sayo
de felpa bien cumplida.

LEONARDA Pues mire por su vida
que fuera, seor Tomate,
meterse en tales gastos disparate.

(Siguen hablando aparte.)

DOÑA ELVIRA Aun cuando fueran tales
esos que habéis hallado,
y que más razón fuera haber juzgado
encuentros a estas horas casuales,
¿por qué han de ser, don Félix, cosa mía?
Quien así lo imagine desvaría.

En esta misma calle
hay muchas damas de gallardo talle,
a las que harán terrero
uno y otro amoroso caballero.

EMPERADOR ¿Puede haber, por ventura,
quien ajeno de gusto y de cordura
ronde ansioso esta calle
por otros ojos y por otro talle,
que por esos divinos, donde el fuego
roba para sus flechas amor ciego;
y que por ese talle, que parece
el vástago gentil de una azucena,
que del aura serena
al blando soplo en el jardín se mece?
¡Ay! Que esas damas bellas,
comparadas con vos, señora mía,
serán lo que ante el sol son las estrellas,
lo que una clara noche con el día.

Y aunque rondan por ellas
esos dos embozados,
se aumentan mis cuidados,
porque pueden muy bien llegar a veros;
y si advierten que andaban engañados,
pues donde alumbra el sol no arden luceros.
en holocausto ofrecerán rendidos
a vuestros pies las almas y sentidos.
Y tengo. tanto os amo, Elvira, celos,
bien lo saben los Cielos,
hasta de que haber pueda en mis amores
envidiosos, no ya competidores.

DOÑA ELVIRA Señor, no vuestro labio
haga a la fe de mi cariño agravio.

Y si me amáis, cual me decís, seguro
de que es mi pecho diamantino muro,
no ofendáis más ingrato,

mi nobleza, mi amor y mi recato.
Mas vamos donde luz haya y asientos,
pues que vuestros gallardos pensamientos
aseguran mi nombre y mi decoro.
EMPERADOR Bien sabéis que el tesoro
de virtud, de nobleza y de hermosura,
con que os dotara el Cielo, humilde adoro
y con pasión tan pura,
que no debéis temer ni un leve insulto,
pues mi amor, más que amor, señora, es culto.
(Vanse.)

TOMATE Hola, negra doncella,
llévame a la cocina,
pues de mí está prendada,
y a ver si allí me saca una botella
y refrito algún cuarto de gallina,
con algo de ensalada,
aunque esté ya marchita y trasnochada.

LEONARDA ¿Cómo, señor Tomate?
¿Qué?... Los celosos, a quien Dios maldiga,
no tienen apetito.

TOMATE Pues qué, ¿atacan los celos el gaznate
y encogen la barriga?

Yo soy todo al revés: me precipito,
y cuando estoy celoso de una zaina,
seis capones, dos ollas de chanfaina,
cien panes me comiera,
y aun agotara una vendimia entera;
porque tanto me arrobo,
que dejo de ser hombre y soy un lobo.

LEONARDA Pues a verme celoso nunca venga.

Cuando lo esté, que el diablo lo mantenga
Deje aparte los celos,
y le daré aguardiente con buñuelos;
y de la cena, acaso
puede que algún relieve salga al paso.

(Aparte.)

Lo que hubiera engullido,
llegando a tiempo, mi francés querido.

TOMATE Mi condición se allana.

Vamos, dulce tirana.

LEONARDA Espera... ¿Y mi decoro?

TOMATE Más contenido soy que lo es un moro.

En dándome torreznos y botellas,
pueden dormir seguras las doncellas.

(Vanse.)

ESCENA IV

El aposento que sirve de prisión al rey de Francia en la torre de los Lujanes. Estará vestido de tapices y habrá una mesa y un sillón. Sobre la mesa, dos candeleros de plata, con velas apagadas, y ardiendo una lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco, con colgadura. Sale PIERRES de detrás de un tapiz, que, al levantarse, descubre un agujero practicable en la pared y cuya punta conserva agarrada hasta que salga el REY.

PIERRES Gracias a Dios que me veo dentro de mi calabozo.

Rebosa en mi pecho el gozo; presto estoy y aún no lo creo.

Mal haya la libertad, si es para darse porrazos, llevar gentiles trancazos y andar en la oscuridad.

Si, por lo menos, Leonarda hubiera dádome un trago...; mas nada... ¡En momento aciago se empeñó la zalagarda!

REY (Sale por el agujero que se oculta al soltar Pierres el tapiz.)

¡Esta precisión maldita de estar al amanecer...!

(Se sienta despechado.)

PIERRES (Encendiendo las velas.)

¿Y cómo lo hemos de hacer?

Tu arrojo te precipita, y tras de uno y otro lance, metiéndote a pelear, tiempo pará enamorar imposible es que te alcance.

REY ¿Y había de consentir que la ronda descubriese quién era yo, y se creyese...?

Antes, ¡vive Dios!, morir.

PIERRES ¿Y la música de ayer?

REY Yo músicas no tolero en la calle donde quiero a una principal mujer.

PIERRES Mas esta noche, señor, después que los palos diste a la ronda y conociste que ver a doña Leonor no era posible, ¿por qué volvimos...?

REY Pierres, volví porque aquellos hombres vi.

PIERRES Ilusión y engaño fue.

REY No fue, menguado, ilusión;
tres bultos vi en realidad,
que luego la oscuridad
me ocultó.

PIERRES Tras un rincón
de miedo se esconderían.

REY Pues si los torno a topar,
¡vive Dios!, se han de acordar.

PIERRES Contigo no se metían.

(Entra a arreglar la cama del Rey.)

REY ¿Por qué, suerte rigurosa,
ni un punto tus ciegas iras
y el ceño con que me miras
has de deponer piadosa?

En mi dura situación,
en mi afanoso desvelo,
pude lograr el consuelo
de salir de esta prisión,
por breves ratos no más,
y al lado de Leonor bella
dar al olvido mi estrella,
¿y aun estorbándolo estás?
Y no te contentas, suerte,
y me pones por delante
sospechas, que en un amante
son peores que la muerte,
porque en mi pecho afanoso
quiere unir tu encono fiero
el dolor de prisionero
y el martirio de celoso.

(Queda en afligida meditación.)

PIERRES (Volviendo a la escena.)

¿Y a qué, decidme, señor,
es este afán de salir?
¿Acostarnos a dormir
no fuera mucho mejor?
Cuando con tantos dineros,
cadenas y ricas joyas,
y a fuerza de mil tramoyas
logré ganar los arqueros,
y después del gran trabajo
que nos costó taladrar
esa pared y encontrar
salida hasta el piso bajo,
pensé, juro a San Dionís,
que era para luego, luego,

tomar las de Villadiego
sin parar hasta París.
Así, las primeras noches
que logramos escapar,
me pensé que iba a encontrar
caballos, literas, coches;
mas nada: en espadachines
y en galanes transformados
nos fuimos muy embozados
a rondar unos jardines.
Y luego a oscuras a entrar,
tropezando en escalones,
por desvanes y rincones,
tú con tu dama a charlar
y yo a charlar con la moza,
que, según es de ladina,
saldrá al fin de la cocina
en un burro y con coroza.
Yo... se la hubiera pegado
a este mastín de Alarcón.

REY (Poniéndose en pie, muy enojado.)

Acaba tu relación,
que me tienes mareado.
Eres villano sin seso,
y no sabes que las leyes
del honor para los reyes
son cadenas de gran peso.
Si pensaste cual rüin
que era mi intento fugarme,
cuando me viste afanarme
por salir de este confín,
ofendiste mi arrogancia,
que mi palabra he empeñado,
y jamás a ella ha faltado
el rey Francisco de Francia.
Del Cielo el rigor esquivo
y la inicua suerte mía
me rindieron en Pavía
al emperador altivo;
y en aquel campo perdí
todo; pero la honra, no,
y no soy un hombre yo
que huyendo salga de aquí.
O con pactos ventajosos
a mi trono he de volver,
o rescatado he de ser
por mis vasallos gloriosos.

PIERRES (Humilde.)
No fue ofenderte mi intento...
A tus plantas perdón pido.
Mas no grites, que si ha oído
tus voces vendrá al momento
el furibundo vejete;
y como no puede en ti,
tal vez descargará en mí
la nube con un cachete.

REY Pues no pienses necedades.

PIERRES Señor, ¡si soy un pollino!
Cuanto pienso es desatino;
cuanto digo, vaciedades;
mas que me gozo confieso
en ser humilde villano.

REY ¿Por qué?

PIERRES Porque puedo, ufano
escaparme si estoy preso,
como lo hice allí sin mengua
de la Bastilla en París,
cuando estuvo ya en un tris
sacarle al pueblo la lengua.
Y no por lladre, eso no,
sino porque vuestro ayo
me quiso colgar el sayo
de ser vuestro maqueró.
Mas idos al lecho aprisa,
que empieza ya a amanecer,
y ésta la hora suele ser
de la matinal requisa.
Y si el señor de Alarcón
nos ve tan empavesados,
listos y despabilados,
sospechará con razón.

REY (Empezando a desnudarse.)

Dices bien. ¡Ojalá el sueño
descienda a mí suave y manso,
y dé a mis penas descanso
con balsámico beleño!
¡Qué ajena, Leonor, estás
de que tu don Juan soy yo!
¡Qué ajena!...
(Oyese ruido.)
Mas ¿qué sonó?

PIERRES Que se acerca Satanás.

(El Rey se va al lecho precipitadamente, y Pierres, con gran presteza, apaga las luces, pone en el suelo unos almohadones, se queda en mangas de camisa, se acuesta y finge que ronca.)

Se oye el ruido de una gruesa llave, de un cerrojo y de una barra, y sale con un candelero en la mano Hernando de Alarcón.)

ALARCÓN (Deteniéndose al entrar.)

Maldito este oficio sea,
que no es para caballeros
andar en estas requisas
y vivir celando presos.
Me gusta a los enemigos
encontrarme cuerpo a cuerpo,
dando de maza y montante
golpe que cante el misterio;
y me aflige desarmados
en prisión estrecha verlos,
donde se abate y se postra
el más generoso esfuerzo.

El corazón se me parte
cada vez que a mirar vengo
si un rey tan grande y valiente
está postrado y sujeto.

Si ya empeñó su palabra
de no fugarse, aun pudiendo,
y cual rey ha de cumplirla,
¿para qué más embelecocos...?

Mas obedecer me toca
los soberanos preceptos
sin meterme a escudriñarlos
resígnome y obedezco.

(Se acerca con tiento a la alcoba y observa al Rey, que duerme.)

¡Desdichado! ¡La fortuna
muy su contraria es, por cierto!
Aunque he ayudado a vencerle,
me aflige en tal sitio verlo.

¡Lo que es ser robusto y joven!
De su infortunio tremendo
se olvida, y es venturoso
entre los brazos del sueño.

(Se acerca a observar a PIERRES)

Este socarrón criado,
que es un tuno como un cerro,
también ronca a pierna suelta.
Muy buenas ganas le tengo.
Mas pues que todo está en orden
y nada ofrecer recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos.

(Vase.)

PIERRES (Se va incorporando al paso que se retira Alarcón, y cuando éste desaparece, se levanta y va como detrás de él hacia la puerta.)

Señor Alarcón, mil gracias
por sus cortesés requiebros,
y por las ganas también.
Reviente con ellas presto.
(Viene al centro de la escena.)
En mi vida me ha cabido
dosis más grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié a lo menos.
¡Pues si oliera...! No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os llevarais tan grande
que os dejara patitieso.
(Se acerca al lecho del rey.)
Señor, ya se fue. Durmióse,
¡Pues no es mal cuajo, por cierto!
Mas ha hecho bien, a fe mía.
A seguir voy yo su ejemplo.

Jornada segunda

ESCENA PRIMERA

Salón del alcázar de Madrid. Aparecen el EMPERADOR, sentado junto a una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado de escribir, y el CONDE, en pie junto al sillón.

EMPERADOR Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
o mañana a más tardar.

CONDE También yo anhelo que venga,
porque, al cabo, el compromiso...

EMPERADOR De un modo o de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia,
más de un año prisionero,

es triunfo muy lisonjero
a mi poder y arrogancia;
pero también, en verdad,
es ya embarazo forzoso
para la paz y reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
a vuestro gusto es, señor,
y a ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada,

EMPERADOR Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco a su trono;
toda discordia olvidada.

CONDE ¿Y si orgulloso el francés
arrollase...?

EMPERADOR No lo espero.

Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR De la Italia soy señor.

¡Ay de aquel que la pretenda!

Del Imperio o de la España
siempre la Italia será,

y en ella tres veces ya
se hundió la francesa saña.

Y con Pescara, Alarcón,
el del Vasto, Juan de Urbina,

Leiva, Santillana, Encina
y otros caudillos, que son

de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?

¿Quién podrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE Señor, con tales soldados
y tan nobles capitanes,
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERADOR Sí; con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo;
conque ¿qué será la Europa?

CONDE Tenéis razón que es estrecho
si recordáis tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás a mis pies, amigo,
el africano coloso.

CONDE ¡Oh! Plegue a la Omnipotencia
que la morisma postrada...

EMPERADOR Dad, conde, al alcalde entrada,
que espera hace rato audiencia.

CONDE (Acercándose a la puerta.)

El alcalde.

(Sale el Alcalde, hace una profunda reverencia, hinca una rodilla en tierra e inclina en ella la vara.)

ALCALDE Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
a vuestras plantas, señor...

EMPERADOR (Grave.)

De la tierra, alcalde, alzado,
y alzado la vara, que yo
acato también, y no

la quiero en tierra. Llegad;

(Se levanta y acerca el alcalde.)

que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.

¿Qué desórdenes, decid,
son esos que han ocurrido,
y que habéis vos permitido
con escándalo en Madrid?

ALCALDE ¡Señor!

EMPERADOR (Severo.)

¿Os parece nada
que se turbe, donde asisto,
el reposo, ¡vive Cristo!,
de la noche sosegada?

¿Que se atropelle y se asombre
a habitantes desarmados,
que pasean descuidados,
y esto sólo por un hombre?

¿Que a los que salen a dar
inocentes alboradas
se les dé de cuchilladas,
sin amparo alguno hallar?

¿Y que a la santa Justicia,
a una ronda, a vos, en fin,
se insulte y se ofenda, sin

atajar tanta malicia?
ALCALDE (Turbado.)

Es cierto...

EMPERADOR Nada digáis.

Lo que anteanoche ocurrió,
y lo que hubo anoche, yo
lo sé mejor que pensáis.
Y sabed (puede os importe)
que no quiero yo que en balde
ronde a Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.
Despejad.

ALCALDE (Se retira muy turbado haciendo reverencias, y dice, aparte, al salir):

Turbado y loco

salgo. Juro a Dios rondar
mejor, y el yerro enmendar,
o tengo de poder poco,

EMPERADOR Entre Hernando de Alarcón.

(Sale Hernando de Alarcón y pone una rodilla en tierra.)

ALARCÓN César invicto, postrado...

EMPERADOR Alzad, valiente soldado.

Llegad, noble campeón.

ALARCÓN (Se levanta y se acerca.)

Viva el generoso rey,
que se complace en honrar
a un anciano militar.

EMPERADOR Es honrarlo justa ley,

que un glorioso veterano
y de fama tan suprema
es puntal de la diadema
y apoyo del soberano.
Es prenda de la victoria,
de la juventud ejemplo,
y tiene altar en el templo
de la sempiterna gloria.

¿Cómo estáis?

ALARCÓN Viejo, aunque fuerte,

y harto ya de verme ocioso,
que condenarme al reposo
es condenarme a la muerte.

EMPERADOR Pronto a Italia habéis de ir.

ALARCÓN Si está en paz aquella tierra,

mandadme donde haya guerra,
que es donde os puedo servir.

Que aun con esfuerzo me hallo
para esgrimir el montante,
llevándome por delante

un escuadrón de a caballo...
EMPERADOR De vuestro glorioso acero,
arrojo y noble lealtad,
buen Alarcón, en verdad,
aún muchos triunfos espero.

¿Y el preso?

ALARCÓN Bueno, y alarde
haciendo de su paciencia.

EMPERADOR ¿Lo visitáis con frecuencia?

ALARCÓN Señor, por mañana y tarde,
porque es precaución precisa,
y para mí dura, hacer
requisa al amanecer,
y al ponerse el sol requisa.
De hacer vengo la postrera.

EMPERADOR ¿Y cómo está?

ALARCÓN Señor, es

su alteza al cabo francés
y de condición ligera.
Algunas veces, muy pocas,
está hundido en el despecho,
arrancando de su pecho
lágrimas y voces locas;
y a la tierra, y al abismo,
y a los cielos amenaza;
ropa y muebles despedaza,
y se maldice a sí mismo.
Pero a todo se acomoda,
es afable, tañe, canta,
con buen apetito yanta,
y duerme la noche toda.
Da voces de guerra y mando,
cual si un escuadrón rigiera,
y ríe como un cualquiera
con su bufón embromando.
Mas cuando habla de su madre
y de Francia, tierno llora,
cosa que a mí me enamora,
y que es justo que me cuadre.

EMPERADOR ¿Y con vos?

ALARCÓN Siempre cortés,
me honra con noble atención,
y en trato y conversación
afable y discreto es.

Y demuestra afición mucha
sobre guerra a platicar,
y en esta materia hablar

con gran atención me escucha.

EMPERADOR Y de mí..., ¿dice...?

ALARCÓN Jamás

le oí decir cosa ninguna.

Se queja de su fortuna.

¿De vos...? ¡No faltaba más!

Lo que me pasma es su aseo,

y ver lo que se engalana,

y lo mucho que se afana

por el buen porte y arreo.

Por las tardes, cual si fuese

a algún sarao, señor,

se atilda con tal primor...

EMPERADOR Uso de su tierra es ése.

Y de mí, ¿qué deseáis?

ALARCÓN Señor, en primer lugar,

veros, y humilde besar

la mano con que me honráis;

y en segundo, suplicaros,

como ha un año lo reitero,

me quitéis de carcelero,

que no soy...

EMPERADOR En aliviaros

de tan ardua comisión

no tardaré, descuidad,

que muy pronto en libertad

quedará el rey, Alarcón.

Mas en tanto...

ALARCÓN Obedecer

me toca sólo; aunque todos

mis achaques de mil modos

me dan en Madrid que hacer.

Con la sedentaria vida

la maldita gota crece,

y ya se me reverdece

una herida y otra herida,

No es para mí la quietud.

En los sitios y batallas,

vestido de duras mallas,

siempre gozo de salud.

Cautivar reyes mandadme,

y lo haré al punto, a fe mía,

como hace un año en Pavía,

mas de guardarlos libradme.

EMPERADOR Poco tiempo os queda ya

de guardar tal prisionero.

La paz ventajosa espero,

y todo se arreglará,
y con alto galardón,
aunque no cual merecáis,
a Italia regresaréis,
buen Hernando de Alarcón.

ALARCÓN Dadme a besar vuestra mano.

EMPERADOR Yo os la presento de amigo.

ALARCÓN (Besándola.)

Mil veces a Dios bendigo,
que nos dio tal soberano.

(Vase.)

EMPERADOR (Al Conde.)

No se hallará en todo el mundo
un soldado más cabal.

CONDE Su lealtad es sin igual,
su valor es sin segundo.

EMPERADOR En la antecámara, conde,
¿hay alguien que espere audiencia,
alguien que pida justicia,
alguien que gracia pretenda?

CONDE No, señor; ya ha recibido
vuestra majestad excelsa
a cuantos las honra anhelaban
de veros.

EMPERADOR (Se levanta del sillón.)

Enhorabuena.

Gracias a Dios que, cumplida
ya la obligación estrecha
que el Cielo impone a los reyes
al ceñirles la diadema,
descansar un rato puedo,
dando a los cuidados tregua
por el plazo de la noche;
que si tirante la cuerda
siempre tuviese, bien pronto
rompiérase la ballesta.
Estar siempre de aparato,
siempre en las altas esferas
de políticos proyectos,
combinaciones y empresas;
ya con la espada de Temis
siendo de los hombres regla,
ya con el rayo de Jove
amenazando a la Tierra,
postra el ánimo más grande,
rinde la más noble fuerza,
que, al cabo, hombres somos todos

de frágil naturaleza.
Y diz que hasta el mismo Atlante,
que el firmamento sustenta,
aunque para esto tan sólo
en medio de África reina,
descanso anheló, y gozóse
cuando Alcides se lo diera,
tomando un rato en sus hombros
el orbe de las estrellas.

Vamos, pues, algunas horas,
olvidando las grandezas de trono,
corona y cetro,
que tanto deslumbra y pesan,
a ser hombre y en la vida
civil a lograr aquellas
ventajas y diversiones
que nunca a palacio llegan,
pues dijo bien aquel sabio
que dijo que reinar era
la esclavitud más penosa,
la más dorada miseria.

CONDE No hay en Europa monarca
que más justamente deba
disfrutar de algún descanso,
dar a sus cuidados tregua,
que vos, señor, a quien nunca
tales reposos enervan,
y que a Estados tan diversos
como os dio la Provindencia,
pues es ya vuestra corona
un cúmulo de diademas;
vuestros desvelos abrazan,
vuestra vigilancia llega,
vuestras miradas se extienden
y vuestra mano gobierna,
sin que falte la justicia,
sin que el orden se subvierta,
sin que un punto se descuiden
su protección y defensa.

Descansad, que es conveniente;
descansad, invicto César,
si recobráis descansando
para el mando mayor fuerza.

Y descendiendo a la vida
civil un rato, encubierta
la majestad, no tan sólo
gozar vuestro objeto sea,

sino examinar vos mismo,
por vos también, las diversas
necesidades que afligen
a los vasallos, pues llegan
tarde o mal o nunca al trono,
por lo que jamás encuentran
el alivio que pretenden
ni los remedios que anhelan.

EMPERADOR Decís bien, conde, y dichoso

yo en mis diversiones fuera
si nuevos conocimientos
para gobernar me prestan.

Mas no hablemos de negocios,
que a los negocios di treguas.

¿Sabes tú que todo el día
fija he tenido la idea
de aquellos hombres que anoche
hallamos junto a la puerta
de doña Elvira, y que anhelo
saber quiénes ellos sean?

CONDE Y al cabo, señor, ¿qué importan?

EMPERADOR Que si a ver a Elvira fueran...

CONDE Ni tampoco en ese caso.

EMPERADOR Yo no admito competencias.

CONDE ¿Pues no bajáis a la vida
ordinaria?

EMPERADOR Y dime: ¿en ella
ni en ninguna, en tales lances
amorosas se toleran?

CONDE ¿Conque estáis enamorado?

EMPERADOR No lo estoy; pero me empeña
la discreción y hermosura
de Elvira. Y aunque no sea
amor, sino pasatiempo
lo que enredado me tenga,
aquellos dos hombres, conde,
en su calle, me molestan;
que aun en amores de chanza
los celos matan de veras.

CONDE Pues yo estoy, señor, dispuesto,
y sin que nadie lo sepa,
a limpiar la calle.

EMPERADOR Conde,
satisfecho no se queda
en estos lances de celos,
que al amor propio interesan,
si cuando hay que andar a golpes

se aplican por mano ajena.

CONDE Y ¡qué, señor! ¿Vos?

EMPERADOR ¿Acaso no puedo lo que otro pueda?

Y descendiendo a la clase
de un particular, es fuerza
que a las duras y maduras
de tal condición me atenga.

CONDE Pero sois quien sois al cabo.

EMPERADOR Pues te juro que desea
mi pecho algún lance de éstos,
en que lucir mi destreza.

CONDE Se ve, señor, que sois mozo.

EMPERADOR Sí lo soy; no es extrañeza
que, sin faltar a sagradas
obligaciones, divierta
el ánimo en tales cosas.
Pronto en vida más estrecha,
mudando de estado, conde,
me verás.

CONDE Plegue a Dios sea
pronto, que ya aguarda el mundo,
señor, con justa impaciencia
de tal león los cachorros
que el dominio de la Tierra
aseguren para siempre
en vuestra prosapia excelsa.

EMPERADOR Avanzada está la noche.

Di que me sirvan la cena,
en tanto que me disfrazo
para ir a dar una vuelta.

CONDE ¿Saldré con vos...?

EMPERADOR No es preciso.

Quédate aquí, y está alerta;
y si llegase el correo
que tanto nos interesa,
irás a avisarme al punto,
pues sabes dónde y la seña.

(Vase.)

CONDE Sólo obedecer me toca,
señor, las órdenes vuestras.

ESCENA II

Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces, y sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR ¿Si será tan desdichada

como anoche, ¡ay Dios!, lo fui,
y estaré esperando aquí
para quedarme burlada?
Aun nada he sabido, nada,
de lo que anoche ocurrió.
El que la ronda encontró
fue don Juan, esto es lo cierto.
Le importa estar encubierto...
Pues ¿por qué lo espero yo?
Si otro encuentro ha de tener,
si por mí ha de peligrar,
no me venga, no, a rondar;
no me venga nunca a ver.
Paciencia sabré tener
en la ausencia y el olvido,
porque mi amor no es fingido;
antes es tan puro y fuerte,
que prefiriera la muerte
a verle comprometido.
También el emperador
(que por más que disimula
mi prima, aunque hartó la adula,
es su amante rondador)
anoche, ¡duro rigor!,
vio a don Juan, y está celoso.
Esto me quita el reposo,
y todo, todo lo temo,
que siempre hay peligro extremo
en turbar al poderoso.
Mas según es esforzado
don Juan, ¡ay triste de mí!,
por venir a verme, sí,
todo lo expondrá arriscado.
Esto aumenta mi cuidado,
esto mi ansiedad mantiene,
esto afanosa me tiene;
y es tal mi dolor prolijo,
que si no viene me aflijo,
y me aflijo por si viene.
Aquella carta primera,
que me escribió este francés,
y que así rindió a sus pies
mi condición altanera,
¿era hechizo...? ¿Rayo era?,
¿o con qué tinta encantada,
¡cielos!, estaba trazada,
que así el pecho me incendió,

que así el alma me robó,
que así quedé enamorada?
Y su talle, y su expresión,
y su hablar, y hasta el venir
a un rey vencido a servir,
que es noble y gallarda acción;
cuanto en él vio mi atención
todo me enciende y cautiva,
todo mi pasión aviva,
todo, ¡cielos!, me enloquece,
y tan sólo me parece
que para amarle estoy viva.
Mas... ¿quién es? Un caballero,
caballero de alta ley,
que tal lealtad a su rey
lo publica al orbe entero.
Y... sea quien fuere, le quiero
y me quiere. Loca estoy;
ni sé, ¡ay triste!, lo que soy,
ni qué ventura pretendo,
ni yo a mí misma me entiendo;
ciega y despeñada voy.

(Sale Doña Elvira.)

DOÑA ELVIRA Esta noche, venturosa
vas, querida prima, a ser,
y no tardarás en ver
al que esperas amorosa.

DOÑA LEONOR ¿Seré, Elvira, tan dichosa?

DOÑA ELVIRA ¿Y por qué no, mi Leonor?

DOÑA LEONOR Porque del Cielo el rigor
se complace en perseguir...

DOÑA ELVIRA No debes eso decir.

Fue mera casualidad
lo de anoche.

DOÑA LEONOR Sí, es verdad;
mas se puede repetir.

DOÑA ELVIRA No, prima. Ya está acostado
nuestro tío, y puede entrar,
sin que tenga que aguardar,
en cuanto llegue tu amado.

DOÑA LEONOR ¿Y vendrá...?

DOÑA ELVIRA ¿Quién lo ha dudado?

Vendrá. Mas forzoso es
encargarle que después,
al salir, no se detenga,
no sea que el otro venga,
y... fuera expuesto, ya ves.

DOÑA LEONOR Pues por el encuentro ya
de anoche afligida estoy,
y aun me recelo que hoy
por él don Juan no vendrá.

(Sale Leonarda.)

LEONARDA Señora, en la calle está
tu galán; hizo la seña,
y baja a abrirle la dueña.

DOÑA LEONOR ¡Ay, gracias a Dios! Respiro.

DOÑA ELVIRA Ya sube. Yo me retiro.

(Vase.)

DOÑA LEONOR ¡Cuánto su arrojo me empeña!
(Salen el Rey, Pierres y Anacleto.)

REY ¡Oh mi encanto, oh Leonor bella!

DOÑA LEONOR Un sueño se me figura
veros aquí.

REY El alma mía
también de tal dicha duda.
Una ilusión me parece,
que mi contraria fortuna
engañoso me presenta,
para burlarla sañuda
y agrandar con falsas dichas
mis verdaderas angustias.

DOÑA LEONOR ¿Cómo habéis estado...?

REY Como
el Universo si a oscuras
veinticuatro horas pasase
sin ver el sol que lo alumbra.

PIERRES Nada exagera, señora.
Mas permítele a mi sucia
boca que mejor te pinte
el triste estado en que...

REY Excusa
bufonadas.

DOÑA LEONOR No, dejadle.
Sabéis que su humor me gusta.

(Se sienta y ofrece silla al Rey.)

PIERRES Pues con esa salvaguardia,
por más que, mi señor gruña,
allá voy; no a relatarte
eso de orbe, sol y luna,
de oscuridades, de luces
y otras gentiles locuras,
que a personas de juicio
las joroban y estrangulan...

REY Pues ¿qué dirás, majadero?

PIERRES Diréle, señor, en suma,
que has estado hecho un orate,
un alma en pena, una grulla
y un camello. Y tú, señora,
que es cierto verás si escuchas.

DOÑA LEONOR Di.

PIERRES Ha querido, como loco,
mi señor darme una tunda:
ha roto muebles y espejos,
y ha armado gentil trifulca.
Cual alma del purgatorio,
ha sido la quinta angustia,
diciendo que se quemaba
el corazón y asaduras,
ardiendo en un vivo fuego,
que no le hacía una pupa,
y que la dulce esperanza,
más dulce que miel o azúcar,
de veros hoy, lo alentaba,
y la de gozar la suma
gloria de este paraíso,
viniendo a las plantas tuyas.
Toda la noche ha pasado
en un pie, como aseguran
que el ave que dije suele,
y toda en ropas menudas,
cerca de la lamparilla,
a cuya luz moribunda
ya repasaba tus cartas,
ya una trenza hermosa y pulcra
besaba de tus cabellos,
diciendo sandeces muchas.
Lo del camello aquí encaja,
que no es (Dios me guarde) injuria.
Hace veinticuatro horas
que está don Juan en ayunas,
caminando en el desierto
de mil ideas confusas.
No comer en tanto tiempo,
y sin dejar la andadura,
¡vive Dios!, que lo hace sólo
aquel animal. Discurra
ahora tu ilustre belleza
si son o no inoportunas
mis cuatro comparaciones
con orate, ánima, grulla
y camello, pues mi amo

lo que estos cuatro hacer usan
lo ha hecho el tiempo que hace
estamos sin ver esa cara chusca.

REY No sé cómo os hace gracia.

DOÑA LEONOR Lo que me dice me adula.

¿Y me ha nombrado a menudo
vuestro señor?

PIERRES ¿Eso dudas?

Más Leonores ha ensartado
que hay en las vendimias uvas,
que hay letras en un proceso.
que hay en un podenco pulgas.

Cuando a Leonorar se pone,
debe pensar quien lo escucha
que un siglo de perdonanza
logra por romana bula
cada vez que Leonor dice
y que sus letras pronuncia.

REY No sueltes más necedades.

(Empieza a hablar aparte con Doña Leonor.)

PIERRES Ya no me queda ninguna,
que el tesoro de mis chistes
en un momento se apura.

(A Leonarda.)

Y tú, morena sabrosa
más que ecijana aceituna,
¿cómo lo pasé en tu ausencia
ni siquiera me preguntas?

LEONARDA Señor gabacho, ya sabe
que soy muy de veras suya;
y por sí, como su amo,
también se viene en ayunas,
conmigo hacia la cocina
puede caminar si gusta,
y topará con los restos
de un ánade y de una trucha,
y con un trago.

PIERRES ¿Alaejos?

LEONARDA Alaejos del que echa pullas.

PIERRES Eso pido, y buenas noches.

Vamos allá, ¡pese a Judas!,
mientras mi amo y tu señora
se atortolan y se arrullan,
diciéndose desatinos,
que amor sublime intitulan.

(Vase con Leonarda.)

ANACLETA (Aparte.)

Ser tercera de señoras,
aunque muy poco me gusta,
es mi oficio; mas me pudre
serlo de esta pelandusca.

Y el que se esconda con Pierres
ni me coca ni me azuza;
mas cuando va con Tomate
me convierto en una furia.

DOÑA LEONOR No te duermas, Anacleta.

ANACLETA Bien podéis estar segura,
pues pasando mi rosario
no me vence el sueño nunca.

DOÑA LEONOR Observa atenta a mi tío.
no se despierte, trasluzca
que no estamos acostadas
y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA (Aparte, yéndose.)

Malditas sean estas tocas
y los cincuenta que abruman
mis costillas y convierten
a una mujer en lechuza.
Pues, con todo, no me trueco
por Leonarda, ni por... muchas
otras aun más estiradas.

Y si tuvieran cordura
los mozalbetes, sabrían
que, aunque parecemos tumbas
las dueñas con estos sayos,
tenemos fresca la enjundia,
y el corazón, y unas carnes
mejores que ahora se usan;
que, al cabo, estas damiselas
con sólo, uñas aleluyas,
y en quitándoles las joyas,
los postizos y las mudas,
con todos sus verdes años,
parecen pollos sin plumas.

(Vase.)

DOÑA LEONOR ¡Ay don Juan! Estoy tan loca,
que lo que en el alma siento
en este feliz momento
no sabe expresar mi boca.

¿Es verdad cuanto me habláis?

REY (Con melancolía y vehemencia.)

Mucho más grande, Leonor;
mucho más grande mi amor
es de aquello que pensáis.

DOÑA LEONOR Mas ¿por qué tanta reserva
sobre vuestro plan futuro,
y ese misterioso muro
entre los dos se conserva?
Vuestro corazón inquieto
a un no sé qué, me disgusta
mi pecho y que mi alma asusta,
conozco que está sujeto.
Y al pintarme vuestro afán,
de que no dudo, una espina
es punza, con que no atina
mi pensamiento, don Juan.

REY (Afligido.)

Es tan rara vi ventura,
que amaros correspondido
me tiene en un mar hundido
de dolor y de amargura.
Y ¡ojalá jamás os viera,
y vuestro pecho jamás...!

DOÑA LEONOR Cada vez, ¡ay cielos!, más
aumentáis mi angustia fiera.

REY Un enigma oscuro soy,
un desdichado francés
que el alma rindió a tus pies
y que sólo...

DOÑA LEONOR Muerta estoy...

¿No sois caballero...?

REY Sí,
más que el sol.

DOÑA LEONOR ¿Libre?

REY También.

DOÑA LEONOR ¿No me amáis?

REY (Con vehemencia.)

¡Ay!... Sois mi bien,
mi encanto, mi frenesí.

DOÑA LEONOR ¿Y seguro de que os quiero...?

REY Segurísimo, Leonor;
y el deberos tanto amor
es mi martirio el más fiero,
es mi gloria la más alta,
es mi pena la más dura,
es mi más grande ventura,
la que a los cielos me exalta.
Es mi vida y es mi muerte,
mi infierno, mi paraíso,
que en mi pecho apurar quiso
tantos contrastes la suerte.

DOÑA LEONOR Explicaos, que confundida
me tenéis en un abismo.

REY (Despechado.)

¡Ay!..., no me entiendo a mí mismo.

Sólo sé que sois mi vida.

(Queda Doña Leonor muy abatida, llorando, y el Rey continúa aparte, agitado):

¡Cielos!, no quiero engañar
a esta celestial mujer.

¿Y su amor he de perder?

¿Y la he de desesperar?

No puede un rey poderoso

lo que el esclavo más vil.

Mil coronas diera, mil,

por ser de este ángel esposo;

mas fuerza es disimular.

(Alto.)

Leonor..., decid...

DOÑA LEONOR (Llorando.)

No hay quien diga.

REY ¿Lloráis?... Mi lengua maldiga

el Cielo si os dio pesar.

Os idolatro, os adoro;

soy feliz si me amáis vos;

dejad al tiempo y a Dios

mis enigmas; no más lloro.

Venid, recobrad la calma,

y oiga yo ese suave acento

que es el bálsamo de viento

y el encanto de mi alma.

DOÑA LEONOR (Algún tanto recobrada.)

Vuestros misterios, don Juan,

son un horrendo martirio.

Mi delicia, mi delirio,

al cabo se aclararán.

DOÑA LEONOR ¿Para ser ambos dichosos?

¡Ojalá!

REY Sí, yo lo aguardo.

Y a mi ardiente anhelo, tardo

es el tiempo presuroso.

No hablemos más de esto, no.

¿Me amáis vos, decid, me amáis?

DOÑA LEONOR Y qué, don Juan, ¿lo dudáis?

REY (Con mucha ternura.)

Pues aún más os amo yo.

(Con aire ligero.)

Mi carácter, y lo raro

de mi situación, que al fin

me obliga a ocultarme, sin
mostrarme nunca al sol claro,
porque de mi pobre rey
tan desdichado el servicio
exige, este sacrificio,
y el cumplirlo es justa ley,
causan estos desvaríos
de mi acalorada mente,
y así salgo de repente
con estos repentes míos.

Cuidados grandes también...

Mas nada importa. Leonor;

(Muy cariñoso.)

mi vida está en vuestro amor;

sois mi tesoro, mi bien.

DOÑA LEONOR Yo me hago cargo de todo,

don Juan, y no exijo nada,

porque un alma enamorada

es de fácil acomodo.

Lo que llega a acobardarme

es que por mí os expongáis...

REY Bella Leonor, no temáis,

pues yo sé muy bien guardarme.

DOÑA LEONOR Anoche, cuando el empeño

con la ronda, ¡cuál quedé!

REY Nada aquel encuentro fue,

nada, mi adorado dueño.

DOÑA LEONOR De ser quimerista: alarde

hacéis, don Juan.

REY (Frío y disgustado.)

No, por cierto;

pues no hubo otro desconcierto

a vuestra puerta más tarde.

DOÑA LEONOR (Sobrecogida.)

¿Y por qué?

REY (Malicioso.)

En cuanto pasó

la ronda, torné hacia aquí.

DOÑA LEONOR ¿De veras?

REY Y cosas vi

que no quisiera ver yo.

DOÑA LEONOR (Recelosa y asustada.)

¿Volvisteis?

REY Volví, señora.

DOÑA LEONOR ¿Estáis en vos...?

REY (Mortificado.)

¿Os disgusta?

DOÑA LEONOR (Decidida.)

Y mucho, porque me asusta.

REY (Con viveza.)

¿Y por qué?

DOÑA LEONOR (Confusa.)

Por nada.

REY ¿Ahora

la misteriosa sois vos?

DOÑA LEONOR (Turbada.)

¿Yo la misteriosa...?

REY (Resuelto.)

Sí,

y no he de salir de aquí
sin apurar, ¡vive Dios!,
qué causa vuestra sorpresa.

Pensé no deciros nada;

mas al veros alterada,

declararme me interesa.

Ya disimular no puedo.

Varias noches van que tres
embozados...

DOÑA LEONOR (Con viveza.)

Cierto es.

¿A la una?

REY En punto.

DOÑA LEONOR. (Asustada.)

¡Ay qué miedo!

REY ¿De qué...?

DOÑA LEONOR Don Juan, sed prudente;

a la una nunca estéis,

si de veras me queréis,

en esta calle.

REY (Indeciso.)

Esa gente...,

¿es acaso...? ¿Qué os altera...

¡Leonora... Leonor!...

DOÑA LEONOR (Afligida.)

¿Tenéis celos...?

Me ofendéis. ¿Tan poco, ¡oh cielos!,
conocéis mi fe sincera?

REY Os amo... En vuestro jardín

hombres he visto a deshora.

Al decíroslo yo ahora

se torna en gualda el carmín

de vuestro rostro... ¡Ay Leonor!

DOÑA LEONOR Me ponéis en duro aprieto.

En todo esto hay un secreto...

REY (Enojado.)

Ya conozco yo el rigor
de mi contraria fortuna.
Si burláis mi confianza,
¿quién después tendrá esperanza,
¡cielos!, en mujer ninguna?

DOÑA LEONOR (Afligida.)

¿Y dudáis de mí?... Pues no
me faltaba, ¡ay triste!, más.

REY (Con abatimiento y ternura.)

Divina Leonor, jamás.
Cuanto valéis lo sé yo.
Mas, ¡ay!, aquietad mi pecho;
del laberinto sacadme,
por vuestro amor, y dejadme
consolado y satisfecho.

DOÑA LEONOR ¿A vos, enigmas en todo

y misterios...? Mas mujer
soy, y sabemos querer
las mujeres de otro modo.
Advertidlo en cuanto hago.
Tengo, don Juan, una prima...
Vuestra discreción me exima
si a los celos satisfago
con esto de descubrir...

REY (Confuso.)

No basta... ¿Encontrarme yo
no pudiera...?

DOÑA LEONOR Don Juan, no,

sin tener, ¡ay!, que sentir,
sin correr el riesgo más espantoso.

REY Qué, el amante

de esa prima, ¿es un gigante,
o es algún león quizás?

DOÑA LEONOR Es gigante y es león;

eslo, don Juan, sí; creedme.

REY Con eso lográis ponerme

en más dura confusión,
y más anhelo me inflama
de buscarlo, ¡vive Dios!

DOÑA LEONOR Pero ¿quién os mete a vos

con galanes de otra dama?

REY (Resuelto.)

Vos astuta me ocultáis
algo en esto, y dudo y quiero
descubrir con el acero
lo que vos disimuláis.

DOÑA LEONOR Pues, don Juan, para aquietaros
de una vez, aunque lo siento
por mi prima, en el momento
voy la verdad a explicaros.
De mi prima es rondador...
A nadie lo revelad...

REY (Impaciente.)

Vamos, Leonor, acabad.

DOÑA LEONOR Nuestro augusto emperador.

REY (Pasmado.)

Eso es ya caso distinto.

(Queda DOÑA LEONOR como asustada y pesarosa de lo que ha dicho, y el Rey, como sobrecogido, dice aparte):

¡Cielos!, ¿qué oigo?... ¿Disfrazado
he visto cerca, a mi lado,
al gran César Carlos Quinto?
¿Y mi necio corazón
no me lo avisó?... ¡Dios mío!
¡Ah!, de gozo desvarío.
Hallé la ansiada ocasión.

DOÑA LEONOR Habéis quedado de hielo.

¿Veis ahora qué bien hacía
en callar, y que tenía
por vos muy justo desvelo?
¡Ay si os hallase!

REY (Con gran soltura y jovialidad.)

No tal.

Al encontrarse conmigo,
me abrazará como amigo
su majestad imperial.

DOÑA LEONOR ¡Qué cosas decís!... Tan presto

vuestro carácter cambiáis,
y ya de burlas tratáis
con jovial y alegre gesto;
ya profundo, serio, grave,
de infortunios y disgustos,
de desgracias y de sustos,
que lo que sois no se sabe,
ni cosa posible es
entenderos. ¡Ay de mí!

Decid, don Juan: ¿es así
todo el que nace francés?

REY Con diferencia muy corta;
mas yo, ¿en qué me contradigo?

DOÑA LEONOR (Apurada.)

¿No es contradecirse, digo,
que el que dice que le importa

tanto, tanto, el ocultarse,
al emperador no tema
y diga con tanta flema
que con él ha de abrazarse?

REY Si hallarme con él conviene...

DOÑA LEONOR Mas ¿conocéis...

REY ¿Qué, Leonor?

DOÑA LEONOR ...al augusto emperador?

REY El es quien aquí me tiene.

DOÑA LEONOR Dejad las burlas; decid:

¿sabe, pues, su majestad
quién sois...?

REY Por su voluntad
estoy viviendo en Madrid.

DOÑA LEONOR (Levantándose incomodada.)

Hombre todo confusiones,
todo enigmas y misterios,
que de disgustos tan serios,
de tantas tribulaciones
me estáis abrumando el alma,
¿qué de esta infeliz queréis...?

De mi amor más no abuséis
con esa malicia y calma.

Ya galán, ya enamorado,
ya tierno, frívolo ya,
indiferente quizá,
ya celoso, ya indignado,
peligros fingiendo ahora,
gran poder mostrando luego,
uniendo el mando y el ruego,
semblantes mil en un hora,
¿quién os ha de comprender?

REY (Arrojándose a sus pies muy rendido.)

¡Oh soberana beldad,
oh mi encanto, perdonad;
ni yo me puedo entender!
Tan sólo sé que os adoro;
si correspondido estoy,
el más venturoso soy,
y vos mi único tesoro.
Tuve celos, lo confieso;
mas del pecho los borré,
porque quién sois, Leonor, sé;
y os amo con tal exceso,
que el aura sois que respiro,
la vida que me sustenta,
encanto que me alienta,

la sola dicha a que aspiro.
DOÑA LEONOR (Levantándolo con gran ternura.)

¡Ah!... Levantad, yo os lo ruego.
Si tan dichosa lográis
hacerme, ¿por qué os gozáis
en atormentarme luego?

REY Sí, os adoro. Mas, Leonor,
¿no será, acaso, muy tarde...?
Porque es fuerza que me guarde,
no venga ya aquel señor.

DOÑA LEONOR La primera vez es ésta
que tanta prisa mostráis.

REY ¡No sé cómo lo extrañáis!

DOÑA LEONOR ¿Ya el estar aquí os molesta?

REY (Aparte.)

Ya deshaciéndome estoy.

(Alto.)

¿Pues dónde, dueño adorado,
vivo sino a vuestro lado?

¿Dónde venturoso soy?

Mas el sobresalto justo
que de un encuentro tenéis
evitar quiero. Ya veis
que mi anhelo es daros gusto.

(Sale Anacleta, apresurada.)

ANACLETA Señora, que es tarde ya;
ha despertado el señor,
y si siente algún rumor,
tal vez se levantará.

REY ¿Lo veis?

DOÑA LEONOR ¡Oh don Juan!

(A Anacleta.)

Avisa

para que baje el criado
sin estruendo y con cuidado,
y dale a Leonarda prisa.

(Vase Anacleta.)

Y vos, don Juan, por aquí,

(Le conduce a la puerta.)

sin olvidar cuánto os quiero,
y que de pena me muero
cuando os separáis de mí.

Y pues sois noble y discreto,
de cuanto os he revelado

espero será guardado

el más profundo secreto.

Hasta mañana; id con Dios,

y retiraos con juicio;
haced este sacrificio
por los que yo hago por vos.

REY ¡Oh Leonor angelical!

Sois un celestial tesoro,
que con alma y vida adoro
un amor sin igual.

(A parte.)

¡Qué peregrina mujer!
Harto engañarla me pesa.

(Vase.)

DOÑA LEONOR (Aparte.)

¡Cuánto este hombre me interesa!
El seso voy a perder.

(Vase.)

ESCENA III

Calle, de noche, y salen el REY y PIERRES, éste cayéndose de borracho.

REY (Enojado.)

¿Así, bergante, vienes,
que en pie derecho apenas te sostienes?
¡Vive Dios, que he de asparte,
y la vil borrachera he de quitarte
al puros puntillones!

PIERRES Hay tantos escalones...

y... tantas lucecitas...

Leonarda... ¿son las ánimas benditas?

REY (Sacudiéndolo del brazo.)

¡Pierres!... ¡Pierres!... ¡Infame!...

PIERRES Todo cristiano exclame...

¡viva..., viva Alaejos!

¡Qué sabor tiene, y qué sabrosos dejos!

REY ¡Bribón!... Mira... si...

PIERRES ¿Estorbo?

Dame, chica, otro sorbo.

REY ¡Pues en muy buen instante

tiene tal borrachera este tunante!

PIERRES Vamos...

REY ¿Adónde?

PIERRES ¡Toma!... A la bodega.

REY (Dale un pescozón.)

¡Pícaro!

PIERRES No me empuje...,

que el paso no se niega,

y... mire el alicruje...

REY (Trabándolo de un brazo.)

¡Calla, bribón!

PIERRES Leonarda,
si en la bodega hay guarda...,
yo... ¡Que viva Alaejos,
aunque sepa a la pez de los pellejos!
Yo... diré...

REY (Le da cachetes y empujones.)

¡Toma, toma!

PIERRES (Cae al suelo.)

¡Ay, cuánta luminaria! Ande la broma.

REY ¡Mal hayan él y el vino!

Pretender levantarlo es desatino.

¡Gran bribón! Por fortuna,
aún no ha dado la una.

Hasta el amanecer no he de tornarme
a la prisión, pues tengo de encontrarme
con mi enemigo; y en durmiendo un rato,
volverá en sí tal vez el mentecato.

Mas de esta calle en medio
va a servirme de estorbo sin remedio.

¡A muy buena ocasión se ha emborrachado!

Arrimarlo hacia un lado,
detrás de alguna esquina junto al muro,
será más conveniente y más seguro.

(Se inclina a tierra, hace varios esfuerzos por levantar a Pierres y, no pudiéndolo conseguir,
lo lleva arrastrando por los pies al fondo de la escena, donde lo deja a la vista.)

¡Pícaro!... ¡Lo que pesa!... Si contigo
el infierno cargara... Yo maldigo
a la humana criatura
que se atreve a beber más que agua pura
porque un borracho infama
cuanto en el orbe racional se llama.

(Vuelve al centro de la escena, y se pasea en silencio un instante, continuando, después de
breve pausa:)

No de armados ejércitos al frente,
del mundo asombro, a quien concede o niega,
por capricho, el triunfar fortuna ciega,
humillando tal vez al más valiente,
sino solo y sin nombre, aquí impaciente
tu valor mano a mano a probar llega
(que a un lance oscuro su venganza entrega)
mi noble arrojo, ¡oh Carlos prepotente!
Nada me importa, nada, de Pavía
el desastre, ni el verme prisionero,
si nuestro aventajarte en bizarría;
si aquí, de caballero a caballero,

rinde a mis plantas hoy la espada mía
a ti, dominador del orbe entero.
(Se pasea, y luego se para de pronto..)
Oigo pasos. Vienen dos.
¿Si será...? Será, sin duda.
¡Oh suerte!, mi esfuerzo ayuda.
El es, sí, gracias a Dios.
Me retiraré a este lado
para dejarle llegar.
(Se retira. Salen embozados el Emperador y Tomate.)
EMPERADOR (Deteniéndose a la salida.)
Un hombre he visto cruzar.
TOMATE Allí enfrente está parado.
EMPERADOR ¿Uno solo?
TOMATE (Observando.)
Señor..., sí.
EMPERADOR Pues quédate tú entre tanto,
que yo solo me adelanto,
y no te muevas de aquí.
TOMATE Señor, mientras uno sea...
EMPERADOR Tomate, aunque fueren ciento,
bastan mi espada y mi aliento.
TOMATE ¿Y si se armase pelea...?
EMPERADOR (Resuelto.)
Quieto tú sin respirar.
Si a darme ayuda te atreves,
si un paso de aquí te mueves,
¡vive Dios!, que te hago ahorcar.
(Se adelanta.)
TOMATE (Aparte.)
No me moveré, a fe mía,
aunque el encargo no hiciese;
y si acaso me moviese,
para ir más lejos sería.
REY (En voz alta.)
¡Ah buen hombre!
EMPERADOR (Con sorna.)
¿Nada más?
REY ¡Hidalgo!
EMPERADOR Más alto estoy.
REY ¡Caballero!
EMPERADOR Sí. Lo soy.
REY Volved al momento atrás.
EMPERADOR Y eso, ¿quién lo manda?
REY (Adelantándose resuelto.)
Yo.
EMPERADOR Pues yo me empeño en pasar.

REY Será después de lidiar.
que de otra manera no.

EMPERADOR (Con calma.)

Y el valiente, ¿es caballero?

REY (Con calor.)

Tanto, lo juro, cual vos.

EMPERADOR Pues entonces, ¡voto a Dios!,

¿por qué está ocioso el acero?

REY (Desenvaina la espada.)

Ya en mi diestra ardiendo está,
rayo de la quinta esfera.

EMPERADOR (Desenvaina la espada.)

Pues ya mi espada lo espera,
y ese rayo apagará.

(Riñen.)

REY (Aparte; riñendo.)

¡Qué corazón..., qué destreza!

Merece el cetro del mundo.

EMPERADOR (Aparte.)

¡Qué denuedo sin segundo!...

Persona es de gran nobleza.

REY (Aparte.)

Con trabajo me defiendo.

EMPERADOR (Aparte.)

Este hombre a herirme no tira...

Sólo a desarmarme aspira.

REY (Aparte.)

No logro lo que pretendo.

TOMATE (Desde su puesto.)

Señores, la ronda viene.

REY (Retirando la espada.)

¿La ronda?

EMPERADOR (Observando un momento.)

La ronda es.

Dejad que pase, y después...

REY (Envaina la espada.)

De ella salvarme conviene.

Y pues tan señor os vi,

y que lo soy no dudáis,

espeto no permitáis

que me persigan a mí.

Quedaos, que vos no teméis

el que aquí la ronda os halle,

y mañana en esta calle

por la noche me hallaréis.

(Vase.)

EMPERADOR Confuso quedo a fe mía.

¿Quién es, ¡cielos!, este hombre?...

No es extraño que me asombre
tal destreza y valentía.

Sabe quién soy; claramente

¡Dios eterno!... ¿Será...? No.

Es imposible.

TOMATE (Acercándose.)

Esa gente

llega ya.

EMPERADOR (Envaina la espada.)

Guardo la espada.

Mantente quieto a mi lado

en el gabán embozado,

y no respondas a nada.

(Se emboza.)

ALCALDE (Dentro.)

Cercadlos, cercadlos luego.

Ninguno se ha de escapar,

y si lo osan intentar,

usad las armas de fuego.

Nada vuestro ardor reporte,

pues, ¡vive el rey!, que no en balde

ha de rondar un alcalde

de su casa y de su corte.

(Sale el Alcalde con Alguaciles y ronda con linterna, y rodean la escena, quedando en medio de ella, embozados y en silencio, el Emperador y Tomate.)

ALCALDE (Mostrando la vara.)

A la Justicia os rendid.

EMPERADOR (Sin descubrirse.)

A la Justicia rendidos

estamos.

ALCALDE (A los Alguaciles.)

Reconocidos

sean al punto. Sus, venid

con la linterna.

EMPERADOR

Os suplico,

señor alcalde, seáis

vos quien me reconozcáis.

TOMATE (Aparte.)

Se va a quedar tamañico.

(Toma el Alcalde la linterna, la acerca al Emperador, éste se desemboza y el Alcalde cae de rodillas, y lo mismo toda la ronda.)

ALCALDE ¡Cielos!... ¡El emperador!

EMPERADOR (Con gravedad, después de breve pausa.)

Alcalde, del suelo alzado;

alce la ronda y callad.

(Se levantan todos.)

ALCALDE Perdón os pido, señor,
si he disturbado...

EMPERADOR No, a fe.

Antes estoy satisfecho
de todo cuanto habéis hecho,
y ese celo premiaré.

ALCALDE Yo... cuchilladas creí
escuchar hacia este lado...

EMPERADOR No os habéis equivocado,
sonaron, alcalde, sí,
porque a propósito yo
con este mozo el ruido
hice, por ver advertido
si vigilabais o no.

ALCALDE (Ufano.)

La vigilancia es mi norte.

EMPERADOR Con gusto vi que no en balde
ronda a Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.

No os defengáis, continuad.

ALCALDE Señor, ¿queréis que con vos...?

EMPERADOR No. buen alcalde; id con Dios.

(El Alcalde y toda la ronda hacen reverencia y van a marchar por el lado por donde se fue el Rey. El Emperador los detiene y les indica el lado opuesto.)

Por aquella calle echad.

(Vanse el Alcalde, Alguaciles y ronda.)

No se quejará, a fe mía,
mi contrario de que no
le guardo la espalda yo,
cual pide su valentía.

TOMATE Señor, ¿quién será ese bravo...?

EMPERADOR No lo sé, ni hay quien lo diga.

TOMATE Que la ronda le persiga
y dará con él al cabo.

EMPERADOR No; que grave infamia fuera.

Mañana le encontraremos,

y...

TOMATE Qué, ¿otro lance tendremos?

EMPERADOR Me dijo que aquí me espera.

Mas recoge el bandolín,
que, aunque me parece tarde,
temo que mi Elvira aguarde,
y llegar quiero al jardín.

TOMATE (Va como a recoger el bandolín y un ronquido o bostezo de Pierres le detiene.)

Señor..., ¿no escuchaste?

EMPERADOR

¿Qué?

TOMATE (Asustado.)

Por aquí un hombre ha de estar.
EMPERADOR (Escuchando.)
Cierto. Le oigo respirar,
mas ningún bulto se ve.
TOMATE Tal vez junto a alguna puerta...
EMPERADOR En redor examinemos...
(Buscan cada uno por distinto lado.)
TOMATE (Tropezando con PIERRES)
Señor, aquí lo tenemos.
Es una persona muerta.
EMPERADOR (Acercándose.)
¿Muerta?
TOMATE No, que es un borracho.
Está en un lago de vino
revolcándose el cochino.
Será algún perro gabacho,
EMPERADOR ¿Si habrá entendido...?
TOMATE Imposible.
Es un tronco. ¡Hola, tonel!
(Le da con el pie.)
PIERRES (Revolcándose.)
Arre allá, que escupo hiel,
y tengo un vino terrible.
TOMATE ¡Ay señor!, que es un francés,
del rey de Francia el bufón.
EMPERADOR (Sorprendido.)
¿Qué dices?... ¡Oh confusión!
TOMATE Sí, lo reconozco; él es.
EMPERADOR ¡El es, y su amo, sin duda,
quien conmigo ha peleado!...
Fuerza es ya que a este menguado
para indagar algo acuda.
(Acércase a Pierres.)
¡Hola!, levante el bribón.
Quién es al punto nos diga.
PIERRES (Quedando sentado en el suelo, después de muchos esfuerzos.)
Poco a poco..., a mí me obliga
sólo... el señor Alarcón.
EMPERADOR Pues yo soy. ¿Cómo está aquí?
PIERRES Bebido.
TOMATE (Sosteniéndole.)
¡Gran animal!
PIERRES Porque puede cada cual...
Y... al cabo..., ¿quién manda en mí?
Pues con jamón y alaejos,
cualquiera... Digo..., ¿me entiende?
Cualquiera..., cuando descende

de padres cristianos viejos...

EMPERADOR No contesta acorde a nada.

TOMATE ¡Cuál está!

EMPERADOR Diga: ¿y su amo?

PIERRES Viene de noche... al reclamo
de una niña remilgada.

EMPERADOR ¿De quién?

PIERRES Muy linda es Leonor.

EMPERADOR ¿Quién?

PIERRES Yo..., y todo..., la doncella
Leonarda..., también muy bella,
Elvira..., comendador...,
Anacleta...

TOMATE (Al Emperador.)

¿No lo escuchas?

EMPERADOR Harta luz nos está dando,
y voy con ella aclarando,
Tomate, verdades muchas.

TOMATE Preguntad.

EMPERADOR ¿Y el rey?

PIERRES ¿Ahora?

No sé que yo en el fogón
de Leonarda.

TOMATE ¡Qué bribón!,
y ella, ¡qué infame traidora!

EMPERADOR (Con impaciencia.)

¿Dó está el rey?

TOMATE (Agarrando de una oreja a Pierres.)

Dilo, gabacho.

PIERRES Señor Alarcón, afloje
y la oreja no me moje,
que se me ajuma el mostacho.

EMPERADOR Dime: ¿tu amo...?

PIERRES Ahí estará,
o... en la torre... Más de un mes
salimos así... Después
volvemos ambos allá.

EMPERADOR (Desesperado.)

Té voy a matar, tunante.

PIERRES ¡Quia!

(Se vuelve a tender.)

TOMATE (Levantándolo y poniéndolo en pie.)

Levanta.

PIERRES Ya voy..., so.

TOMATE (Sin soltarlo.)

Tente, Pierres.

PIERRES Ese es yo.

TOMATE (Lo empuja.)

Anda, pícaro, adelante.

(Vuelve a caerse Pierres.)

EMPERADOR (Aparte; paseándose.)

Ya todo está descubierto;

y es, sin duda, el rey de Francia

el que con tanta arrogancia

aquí me buscó encubierto,

y no es la noche primera

que ha salido de la torre;

es quien las calles recorre

armando tanta quimera,

y es también el rondador

que tantos celos me daba.

¿Doña Elvira lo ignoraba,

y también doña Leonor...?

¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado...?

¿Por qué al bufón dejó así...?

¿Como otras noches, de aquí

habrá a la torre tornado?

Mas ¿Hernando de Alarcón...?

Hasta que amanezca el día

no cesará el ansia mía

ni mi inquieta confusión.

(Pausa.)

Aunque esta noche haya vuelto,

como hizo las anteriores,

¿quién aquieta mis temores

de que, a fugarse resuelto,

no lo verifique acaso

mañana mismo, de modo

que dé en tierra mi plan todo?

Fuerza es atajarle el paso,

y, aunque a fuer de caballero

debo esperarle mañana,

la diadema soberana

me impone un deber primero.

Su fuga, antes del tratado,

a la Europa conmoviera,

y la Europa toda entera

su reposo me ha fiado.

De caballero a la ley

no por esto he de faltar,

pues juro le he de retar

de hombre a hombre y rey a rey.

Después que esté libre y fiero,

cuando no sospeche el mundo

que mi valor sin segundo
se ejerce en un prisionero.
(Después de breve pausa dice a Tomate:)
Tomate, carga con él.
Pues si la ronda volviese
y, cual debe, lo prendiese...
TOMATE Que se lo lleve Luzbel.
EMPERADOR No; que es fuerza prevenir
un empeño. Allá, en la esquina
que está a la torre vecina,
lo puedes dejar dormir,
pues conviene; no recuerde
que con nosotros habló.
TOMATE Nada recordará, no,
que está su zorra muy verde.
(Hace esfuerzos para cargar con Pierres.)
EMPERADOR Y cuidado con guardar
secreto de cuanto has visto.
Si se sabe, ¡vive Cristo!,
te mando al momento ahorcar.

Jornada tercera

ESCENA PRIMERA

Aposento del REY, que le sirve de prisión en la torre de los Lujanes, y aparece el REY, solo.

REY (Se pasea.)
No ha sido poca fortuna
que ese pícaro bergante
no me haya comprometido
con su borrachera infame.
Por más que me ha asegurado
que no lo había visto nadie,
que no habló a ningún viviente
mientras estuvo en la calle,
y que se vino a la torre
antes que el alba sonase,
he pasado todo el día
hundido en ansias mortales.
Mas pues que llega la noche
sin incidente notable,

pienso que verdad me ha dicho,
y mi temor se deshace.

Y pues nada se trasluce
de mis nocturnos solaces,
sólo anhelo ya la hora
de verme libre en la calle;
que esta noche más que nunca
me es el salir importante,
y obligaciones me llaman
de que no puedo excusarme.

(Pausa.)

¡Qué prodigio de hermosura!,
¡qué portento de donaire!,
¡qué asombro de entendimiento!,
¡qué tesoro de bondades
es doña Leonor!... La adoro,
y el corazón se me parte
al ver que me corresponde
con la candidez de un ángel;
pues lo mismo que sería
la dicha más inefable,
la ventura más preciosa,
la felicidad más grande
para mí, si rey no fuese,
ser yo rey lo torna y hace
mi más terrible martirio,
mi infierno más espantable,
poniendo entre ambos, ¡oh suerte!,
una barrera de tales
circunstancias, que es de bronce
para impedir nuestro enlace,
y es de cristal transparente
para que yo los quilates
de su virtud y hermosura
mire, mida, aprecie y ansie.

La corona adorna y ciñe
la cabeza, pero parte
el corazón y lo aprieta,
y su rico cerco es cárcel
de los afectos del alma,
de do no pueden fugarse.

(Pausa.)

¡Ojalá nunca mis ojos
vieran cruzar esta calle
a Leonor! ¡Nunca mis cartas
hasta su cielo llegasen!
Pensé que burlar podía

y distraer mis pesares,
sin interesar mi pecho
con ella, porque, ignorante,
no conocía los dotes
que la adornan celestiales.
No; no merece Leonor,
tan discreta, tan amable,
tan tierna, tan expresiva,
tan honesta y tan amante,
que más fingimientos tise,
que por más tiempo la engañe,
perdiéndola en esperanzas
que no pueden realizarse.
Mas, ¡cielos!, ¿cómo aventuro
el decirlo.... el declararme?...
Envenenado cuchillo
que el corazón va a rasgarle
serán, ¡ay Dios!, mis palabras,
porque desengaños tales
que un encanto de delicias
y de ilusiones deshacen,
destrozan aún más que curan,
y más que alivian abaten.
Y yo ¡con cuántos martirios,
congojas, penas, afanes,
ansias, tormentos, dolores,
llantos, despechos, pesares
daré pasó a una palabra
y acentos con ella al aire,
que, al tiempo que a Leonor hieran,
es fuerza que a mí me maten!
Mas preciso es resolverme,
que el fingimiento es ya infame,
y perderse debe todo,
y todo sacrificarse
por salvar la honra y el nombre,
y prevenir un desastre.
(Se pasea.)
Esta obligación cumplida,
saldré sin que lo retarde,
a ver si acaso consigo
darle fin al raro lance
que dejé empeñado anoche.
¡Mal hayan ronda y alcalde,
que a lo mejor me estorbaron
dar realidad a mis planes!
Y ¡qué bien la espada empuña

el César! ¡Qué bien combate!
Por más esfuerzos que hice
fue imposible desarmarle.
Apuremos esta noche,
que, sin duda, ha de esperarme,
pues quién soy no ha traslucido,
ni quién le ha retado sabe,
si aún me es contraria fortuna
o si está ya de mi parte.

(Sale Pierres.)

PIERRES Ya que la tarde pasó
sin ocurrir novedad,
veréis, señor, que es verdad
cuanto os he contado yo.

REY ¡Calla, Pierres; calla, vil!
A ti y al vino maldigo.

PIERRES Y qué, ¿vuestra alteza, digo.
le echa acaso en el candil?

REY No vengas con gracias, ¡ea!,
que para gracias no estoy.

PIERRES Callaré, puesto que hoy
tan alta está la marea.

REY Trae luces, que ya anochece,
y no tardará Alarcón.

PIERRES En cuanto da la oración
como vestiglo aparece.

(Vase.)

REY Si hoy dejo desengañada
a Leonor, y a todo trance
doy el fin que busco al lance,
quitando al César la espada,
no salgo más. ¿Para qué,
si soy tan desventurado,
que sólo penas he hallado
en lo que alivios busqué?
La paz por horas aguardo.
No sé si mi madre halló
algún reparo, o si urdió
el César nuevo retardo.
Hasta ver su conclusión
a salir de aquí no vuelvo,
que a esperarla me resuelvo
con paciencia en mi prisión.

(Vuelve Pierres con dos candeleros, que pone sobre la mesa.)

PIERRES Ya tenéis aquí las velas
y, si yo no me equivoco,
al viejo dentro de poco,

que oigo sonar sus espuelas.

REY (Se sienta.)

Ahora me aseguraré
por su semblante y su hablar,
si es que del todo aquietar
tantas zozobras podré.

(Entra Hernando de Alarcón.)

ALARCÓN (Con mucho respeto, deteniéndose.)

¿Vuestra alteza me permite...?

REY (Levantándose.)

Entrad, señor de Alarcón.
¿Quién a tan noble varón
con grande placer no admite?

ALARCÓN (Adelantándose.)

Siempre me honra vuestra alteza.

REY Siempre os estimo y venero

como a valiente guerrero
dechado de la nobleza.

Sentaos.

(Siéntase el Rey.)

ALARCÓN Mil gracias os doy.

En pie, como es justa ley
estar delante de un rey,
para serviros estoy.

Y ¿cómo ha pasado el día
vuestra alteza?

REY Triste asaz.

ALARCÓN Acaso pronto la paz
vendrá a darle la alegría.

Y vuestra alteza, ¿ha comido
con apetito?

REY Tal cual,
mas siempre se come mal
a esta quietud reducido.

ALARCÓN Pronto en libertad, señor,
gozaréis...

REY Dios lo permita,
que ya se agosta y marchita
de mi juventud la flor.

ALARCÓN ¿Vuestra alteza ha menester
algo, o exige de mí
algún servicio?... Que aquí
obsequiarle es mi deber.

REY Con mi gratitud contad,
alcaide cortés y humano;
pero no está en vuestra mano
lo que ansío: mi libertad.

ALARCÓN (Aparte.)

Se me parte el corazón,
mas no atisbe mi flaqueza.

(Alto.)

¿Me manda algo vuestra alteza?

REY (Levantándose.)

Buenas noches, Alarcón.

(Alarcón registra con los ojos la estancia y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.)

PIERRES Echa llaves y cerrojos,
viejo cara de vinagre.

¡No te comiera el usagre
desde los pies a los ojos!

REY Ese anciano vale mucho.

Habla de él con más respeto.

PIERRES Será excelente sujeto,
mas tiene cara de chucho.

Y en un año que aquí asisto
ni tan siquiera una vez
su rostro de airado juez
con una sonrisa he visto.

REY Es cierto que nunca ríe.

PIERRES Pues de rostro tan extraño
que vive sin risa un año,
el demonio que se fíe.

Y tiene las fieras garras,
más que su semblante, duras.

Aún conservo mataduras
de aquella tarde de marras.

REY ¿De qué tarde, majadero?

PIERRES De aquella que me agarró
este brazo, porque no
me quité pronto el sombrero.

REY Hizo bien, que el heroísmo
con que noble resplandece
gran veneración merece,
y se la tengo yo mismo.

Mas pues quiso la fortuna
que tu traidora embriaguez
no haya tenido esta vez
mala consecuencia alguna,
vámonos pronto a vestir,
que yo esta noche quisiera,
por si acaso es la postrera,
algo más pronto salir.

(Vanse.)

ESCENA II

Calle, de noche. Salen el EMPERADOR, el CONDE y TOMATE, embozados.

EMPERADOR Espera, conde, un momento,
que pues tan sólo de ti
los proyectos he fiado
que esta noche he de cumplir,
aún tengo otro encargo nuevo
que darte, si en el jardín
logro entrar para que tenga
todo término feliz.

CONDE Señor, tan sólo serviros
es lo que me toca a mí,
dándome por muy dichoso
si acierto siempre a cumplir
vuestrós supremos deseos.
Seguro de esto vivid.
Ya está advertido el alcalde,
y vendrá sin falta aquí
al primer aviso.

EMPERADOR Conde,
supongo que ignora el fin,
y que sin órdenes tuyas
nada, nada hará por sí.

CONDE Nada, señor.

EMPERADOR Suele el celo
importuno destruir
los más concertados planes
del ingenio más sutil,
y temo...

CONDE No temáis nada.
No dará un paso sin mí.

EMPERADOR Yo en tu lealtad y secreto
apoyo, conde, este ardid
con que empeños grandes tengan
seguro y honroso fin.

Y tú, Tomate, ¿aseguras
que con su saya y monjil,
y sus reverendas tocas,
de veras nos va a servir,
sin vendernos, esa dueña?

TOMATE Segurísimo estoy, sí;
porque he sabido enredarla
con más artes que Merlín.

EMPERADOR Repite, porque oiga el conde,
cómo te has compuesto.

CONDE

Di.

TOMATE (Se desemboza.)

Empecé, señor, mi ataque
llamándola serafín
y diciéndole, amoroso,
que era su cuello marfil;
Perlas, sus dientes; su rostro,
azucenas y carmín;
Y a una maraña de canas.
que tizna con sucio hollín,
la llamé, ¡Dios me perdone!,
madeja de oro de ofir.
Mas lo que la puso loca
(tanto, que estuvo en un tris
que una carcajada mía
descompusiera el ardid)
fue el decirle yo muy serio
que era más fresca que abril,
y que tinos treinta tendría,
pero treinta sin cumplir.
Ya me la juzgué rendidal
mas cuando empecé a decir
que a una invención me ayudara
para entrar en el jardín
con dos o tres amigotes
esta noche misma, sin
que nadie, nadie lo oliese,
se me rechifló, y hostil
a mis proyectos se opuso
más brava que un puerco espín.
Torné a la carga, mostréla
el bolsón con los dos mil,
y por remachar el clavo
(que fue ocurrencia feliz)
tuve, señor, la osadía
(¡Dios me la perdone!, sí)
de ofrecerle ser su esposo
con seis mil maravedís
de renta, porque la amaba
con ardiente frenesí.

EMPERADOR (Riéndose.)

Gran valor fue, ciertamente,
que no lo tuviera el Cid,
porque la tal dueña, conde,
no es mujer: es jabalí.

CONDE Ocurrencias de Tomate.

Y ella, ¿consintió? Decid.

TOMATE. A la voz del casamiento
y del oro al retintín,
¿cómo pudiera la bruja
ni un instante resistir?,
Más mansa que una cordera
dijo, que sólo por mí,
pues estaba muy prendada
de mi persona gentil,
a todo se prestaría;
como con siniestro fin
y con miras deshonestas
no fuese el enredo, y sí
un chasco puro, inocente.
para burlar y reír.

Todas las seguridades
a sus escrúpulos di,
y me ofreció maravillas
de su diablura dueñil.

CONDE ¿Y al cabo...?

TOMATE Encargóme mucho
no tocarse el bandolín
para que ignore Leonarda
y cuantos viven allí
el enredo. Y ofrecióme
ella en persona salir
para conducirme luego
con gran recato al jardín.

EMPERADOR Pues me parece que tarda
ya la maldita en venir.

CONDE El que espera, desespera.

EMPERADOR (A Tomate.)

Es que si nos halla aquí...

TOMATE Aun no es la hora en que acostumbra...

EMPERADOR (Observando.)

Alguien viene... ¿No advertís?

(Sale Anacleta muy tapada con su manto y se queda a la entrada.)

ANACLETA Sin duda que mi Tomate
con los suyos está allí.

A acercarme no me atrevo,
pues son tres hombres... ¡Chits, chits!...

TOMATE Ya está en campaña la bruja.

A ella me voy.

(Se acerca a Anacleta.)

Serafín,

¡qué impaciente os aguardaba!

Nada receléis, venid.

Aquéllos son los amigos.

ANACLETA ¿Y es gente segura?, di.

TOMATE ¿Cómo segura?

ANACLETA Sintiera
que algún pícaro ruin
de la oscuridad valido...

TOMATE Un San Francisco de Asís
es cada uno de esos hombres.

ANACLETA Fuera un rayo para mí
cualquiera acción deshonesta,
cualquiera palabra vil;
una mirada atrevida,
el más pequeño deslíz,
que, aunque de dueña me visto,
doncella soy; eso, sí.

TOMATE No temáis nada, llegad.

ANACLETA Que vengan ellos aquí,
pues estando todo listo,
mis pasos pueden seguir.

TOMATE (Acercándose al Emperador.)
Señor, no perdamos tiempo.

A punto está todo.

EMPERADOR Oíd,
conde.

CONDE Señor...

EMPERADOR Está alerta
con mucho recato, sin
que nadie, nadie te atisbe;
muy escondido. Y así
que entre el hombre, en el momento
a despertar has de ir
a aquel sujeto que sabes,
y a conducirlo al jardín;
pero sin decirle nada
de por qué le llamo aquí.

(Sigue hablando al Conde en secreto.)

ANACLETA (Aparte.)
Creerán que me mamo el dedo,
y no hay diablo tan sutil
que a mí me dé dado falso.
Ya sé que voy a servir
al emperador en esto,
que es aquel mozo gentil
que a doña Elvira enamora.
Desde el punto en que lo vi
la primer noche, al momento
quién era reconocí;
y del presente fregado

algo he de sacar al fin.
De quien saber no he podido
nada, nada, ¡pese a mí!,
es de aquel señor franchute
que anda hecho un marramaquiz
con doña Leonor. Mas huelo
que no es un grano de anís,
pues toda esta zalagarda
contra él se va a dirigir.
CONDE Descuidad, señor, por todo.
EMPERADOR (Vase.)
Descuidado quedo en ti.
Vámonos pronto, Tomate.
TOMATE Tras de la bruja seguid.
(Vase con Anacleto.)

ESCENA III

Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas, y salen
DOÑA LEONOR, afligida, y DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA En mal hora, prima mía,
de tu tierno corazón
se apoderó esta pasión
que consume tu alegría,
llenándote de aflicción.
¡Oh, cuánto mejor estabas,
cuando libre y desdeñosa
de los amores burlabas
y tan alegre y hermosa
a todo hombre despreciabas!
¡Ay!... Te desconozco, sí.
Tu triste estado me inquieta.
Mira. Mi Leonor, por tí;
y pues eres tan discreta,
remedia u frenesí.
Pasas infeliz las horas
en mudo desasosiego
con que tu pecho devoras.
Que mires por tí te ruego..
¿Nada me dices?... ¿Y lloras?
DOÑA LEONOR ¡Ay prima!, ¿qué he de decir?
Estoy tal que no me entiendo;
y mientras que más pretendo
sobre mi afán discurrir,
menos su rigor comprendo.
Este don Juan..., ¡loca estoy!,

tan galán y tan afable,
tan rendido, tan amable,
de quien con el alma soy,
es un ente inexplicable.
De que me ama, y mucho, Elvira.
tengo gran seguridad;
muy grande, prima, en verdad;
y sobre ella, ¡ay de mí!, gira
mi aflicción y mi ansiedad,
pues lo mismo que debiera
de mis dichas fundamento,
de mis venturas cimiento
ser, quiere la suerte fiera
sea causa de mi tormento.

DOÑA ELVIRA ¡Ay Leonor...!

DOÑA LEONOR Sí, sí; me adora.

Las mujeres conocemos
cuándo un alma poseemos,
y esta certeza es ahora
motivo de mis extremos.

DOÑA ELVIRA Pues qué te aflige no sé.

DOÑA LEONOR Que poseyendo su amor
y amándolo yo, ¡oh rigor!,
una cosa oculta hay que
nos llena a ambos de dolor.

DOÑA ELVIRA ¿El es libre?

DOÑA LEONOR Sí; lo jura,
y al jurarlo no mintió.

DOÑA ELVIRA ¿Es noble?

DOÑA LEONOR ¿Quién lo dudó?

DOÑA ELVIRA Pues entonces, ¿qué te apura?

DOÑA LEONOR Si tampoco lo sé yo.

Hay un enigma en don Juan,
un misterio impenetrable,
no sé qué incomunicable;
pero tan oscuro y tan
raro, nuevo, inexplicable,
que él no lo sabe decir
ni yo lo sé adivinar;
que él no lo puede ocultar
ni yo dejar de advertir.

DOÑA ELVIRA Es confusión singular.

DOÑA LEONOR Y de aquí nace esa extraña,
esa variación constante
de carácter y semblante,
con que me confunde y daña,
sin piedad, a cada instante.

Mas como en tal variedad
de gesto y conversación
siempre arde una pasión
llena de honor y ansiedad
descubro en mi corazón,
loca, te lo juro, estoy,
y de dolor abrumada,
y perdida enamorada;
mas sin saber dónde voy.
por un encanto llevada.

DOÑA ELVIRA Pues juzgo, Leonor, forzoso
que, por mucho que te aflija,
tu amor decidido exija
de galán tan misterioso
una explicación prolija.

DOÑA LEONOR ¡Ay! Estoy en tal extremo,
que aunque así debiera ser,
y soy curiosa mujer,
sondar este abismo temo
y el tal arcano saber.

(Sale Anacleta)

ANACLETA (A Doña Leonor.)

Señora, llega don Juan.

Ya baja a abrirle Leonarda.

DOÑA ELVIRA Prima, adiós.

DOÑA LEONOR Elvira, aguarda.

DOÑA ELVIRA No, que sube tu galán.

(Vase.)

ANACLETA (Aparte.)

Empiece la zalagarda.

(Vase. Entra el Rey.)

REY (Al entrar, como hablando afuera.)

Cuidado, Pierres, cuidado.

Si osas el vino mirar,

¡vive Dios!, te has de acordar.

Leonarda, os queda encargado.

DOÑA LEONOR Don Juan, ¿por qué os detenéis?

REY (Avanzando.)

Doña Leonor celestial,

buena y linda sin igual,

ya a vuestras plantas me veis.

Y nunca más anhelante

llegó a veros presuroso

quien sólo aquí es venturoso,

vuestro más rendido amante.

DOÑA LEONOR Sentaos.

(Se sientan ambos.)

Con desasosiego
aguardé vuestra venida.
Estoy hoy tan combatida
de este mar en que me anego,
que con inquietud y afán,
pues vuestra presencia calma
los tormentos de mi alma,
os esperaba, don Juan.

REY Y ¿qué os aflige, Leonor?

DOÑA LEONOR ¿Qué, don Juan...? ¿No lo sabéis...?

Esos enigmas que habéis
dado a acertar a mi amor.
Descifrarlos él no puede,
y hecho un mar de confusiones,
conjeturas y aflicciones
fuerza es que mi pecho quede.
Y mi buena fe y ternura
no merecen, no, ¡por Dios!,
ni tanta reserva en vos,
ni en mí tan fiera amargura,

REY Leonor, sois la pura estrella

tras quien deslumbrado voy,
por quien desdichado soy
gozando de su luz bella.
Estoy tan ciego por ella,
que juzgo en el firmamento
tener a su lado asiento;
y ver no puedo el abismo
que debajo de mí mismo
de tanta dicha es cimiento.

El amor puro y ardiente
que os tengo, y el puro amor
con que me hacéis, ¡oh Leonor!,
el más dichoso viviente,
son las causas solamente
de tanta reserva, y tan
oscuro y molesto afán;
y a ambos nos importa, sí,
que es para que yo esté aquí
la reserva el talismán.

Si lo rompo yo imprudente,
si curiosa lo rompéis,
yo quedo y vos quedaréis
sobre el abismo pendiente.
Pues ciego amor no consiente
que se mire en rededor,
porque absortos en su ardor,

y sin mañana, nos quiere,
Leonor, que sea lo que fuere,
obedezcamos a amor.

DOÑA LEONOR Del amor es el instinto

sus dichas asegurar,
y no anheloso vagar
por un ciego laberinto.
Claro, seguro, distinto
quiere ver delante el puerto,
un fin terminante y cierto,
pues vive de la esperanza;
y amor que a verla no alcanza
es amor que está ya muerto..

Segura de que me amáis
y segura de que os amo,
saber ansiosa reclamo
el enigma que ocultáis.
Os ruego me lo digáis,
don Juan, sin salir de aquí;
notad que vivir así
ya no podemos los dos.

Quién soy ved, y quién sois vos
hablad por vos y por mí.

REY Sí, Leonor; voy a apagar

de un soplo la luz del sol,
cuyo ferviente arrebol
a ambos nos pudo abrasar.
Voy mi pecho a destrozar,
y a romper el vuestro voy.

Resuelto, resuelto estoy
a tornar el paraíso
en infierno; es ya preciso
por vos misma y por quien soy.

DOÑA LEONOR ¡Ah!.... desfallezco... Decid.

REY Estoy mortal, ¡oh rigor!

DOÑA LEONOR Hablad, hablad.

REY (Resuelto.)

 Mi Leonor,
no más misterios. Oíd.
(Sale Doña Elvira muy asustada.)

DOÑA ELVIRA ¡Ay Leonor! Vengo muerta.

DOÑA LEONOR (Levantándose sorprendida.)

Pues ¿qué ocurre?

REY (Levantándose sorprendido.)

 ¡Señora!

DOÑA ELVIRA

la ronda está formada,

A nuestra puerta

y la casa allanada,

va a verse en el momento.

DOÑA LEONOR Mas ¿con qué fin...?

REY Señora, ¿con qué intento...?

DOÑA LEONOR (Muy apurada.)

¡Infelice de mí!

DOÑA ELVIRA (Al Rey.)

Sin duda alguna,

viene a buscaros.

REY ¡Pese a mi fortuna!

Yo sabré en todo caso

con mi espada y valor abrirme paso.

(Hace ademán de desenvainar la espada.)

DOÑA LEONOR (Detendiéndole.)

¡Don Juan!

REY ¡Gran compromiso!

DOÑA ELVIRA Que apeléis a la fuga es ya preciso.

DOÑA LEONOR ¿Y por dónde podrá...?

DOÑA ELVIRA Si a toda priesa,

el jardín atraviesa,

por la verja, Leonor.

DOÑA LEONOR Muy bien pensado.

REY Pronto.

DOÑA LEONOR Pronto.

DOÑA ELVIRA. Venid por este lado.

(Por la parte donde se van a marchar salen precipitados y despavoridos Leonarda y Pierres.)

LEONARDA ¡Ay señores!..., ¡qué miedo!...

He visto...

DOÑA LEONOR ¿Qué, Leonarda?

LEONARDA Hablar no puedo.

He visto... mucha gente

que el jardín ha ocupado de repente.

DOÑA LEONOR ¿El jardín?

LEONARDA Sí, señora.

DOÑA LEONOR (A Doña Elvira, con viva ansiedad.)

¿Será, Elvira, tal vez...? Mas no es la hora.

DOÑA ELVIRA No, que hoy al mediodía

me escribió que esta noche no vendría.

¡Cielos!..., ¿qué será esto?

DOÑA LEONOR Ser desdichada yo.

DOÑA ELVIRA (Con viveza.)

Remedio, y presto,

buscar es necesario.

PIERRES (Al Rey, y muy precipitado.)

Es el vejete,

sin duda, el que nos busca y acomete.

Más gente hay en la calle

que ha de encerrar de Josafat el valle;
y en el jardín lo mismo,
que es de bultos siniestros un abismo.
Alguaciles, soldados,
canónigos, letrados,
y los niños doctrinos,
y la comunidad de capuchinos,
y tercios, y escuadrones,
y cuarenta galeras,
y las monjas terceras
con órganos, ciriales y pendones
en torno nos circundan.
Por Dios, en algún pozo nos confundan,
si es que lo hay en la casa,
mientras la furia del asalto pasa.
Todo cuanto he cenado está ya acedo,
y de descomponerme estoy a un dedo.

REY ¡Calla, bribón, cobarde!

DOÑA LEONOR Algún partido
forzoso es abrazar.

(Sale Anacleta.)

ANACLETA Todo perdido
está ya. Me he tardado
hasta ver si quedaba descuidado
algún sitio oportuno
para escapar, y no quedó ninguno.

LEONARDA Tal vez la puerta falsa...

DOÑA LEONOR Sí, sí, Elvira.

DOÑA ELVIRA (A Leonarda.)

Desde el sobrado mira
si aún está libre, acaso...

(Vase Leonarda.)

ANACLETA Sí; mas notad que es el forzoso paso
para ir al corredor y a la escalera
que a la puerta trasera
baja, y no hay otro...

DOÑA LEONOR (Con gran ansiedad.)

Cierto; de mi tío

justamente la alcoba.

DOÑA ELVIRA (Suspensa.)

Sí.

DOÑA LEONOR (Abatida.)

¡Ay Dios mío!

DOÑA ELVIRA (Resuelta.)

Está en el primer sueño
y tal vez no despierte.
Pongamos algo en brazos de la suerte,

pasando sin rumor...

REY (Aparte.)

¡Oh duro empeño!

ANACLETA Iré a ver si el postigo...

(Aparte.)

A dar parte de todo voy ligera,

pues que de esta manera

las instrucciones que obedezco sigo.

¡Que se me fuese a mí de la memoria

que estaba libre aquella escapatoria!

(Vase y sale Leonarda.)

LEONARDA Libre la falsa puerta

está, señora, sí. Por ella...

DOÑA ELVIRA (Toma un candelero.)

Al punto.

REY (Deteniéndose, indeciso.)

¿Y si ese caballero se despierta

y sospecha tal vez...?

PIERRES (Aparte.)

Estoy difunto.

Ya huelo mal.

DOÑA LEONOR (Toma el otro candelero.)

Es fuerza resolverse.

REY Vamos.

LEONARDA Pisad más quedo.

PIERRES No hay digestivo que le iguale al miedo.

(Al ir todos a entrar por la puerta del fondo, quedan parados y sorprendidos oyendo la voz del Comendador.)

COMENDADOR (Dentro.)

¿Quién trastorna mi casa?

¿Qué es esta confusión? ¿Qué es lo que pasa?

REY Ya despertó.

DOÑA LEONOR (Muy afligida.)

¡Dios mío!

LEONARDA (Asustada.)

¡Ay, que sale señor!...

(Vase.)

DOÑA LEONOR y

DOÑA ELVIRA ¡Cielos, mi tío!

(Huyen despavoridas tirando los candeleros, y queda la escena en tinieblas. El Rey saca la espada y se retira a un lado. Pierres se esconde con mucho miedo detrás de su amo. Sale el Comendador a medio vestir y con la espada desnuda.)

COMENDADOR (Avanzando lentamente y a tientas.)

¿Quién corre y mata las luces?

¿Quién ha entrado en esta sala?

¿Quién esta calle alborota?

¿Quién este jardín asalta?

¡Vive Dios!, que he de saberlo;
¡vive Dios!, que a cuchilladas
ha de castigar mi brazo
a quien trastorna mi casa.
¡Luces, luces!... Vengan pronto.
¡Hola, Anacleta!... ¡Leonarda!
¡Leonor!... ¡Elvira!...

REY Si acaso

este buen hombre me ensarta
sin querer, quedo servido.
Pondré delante mi espada.

COMENDADOR (Esgrimiendo a tientas se encuentra con la espada del Rey.)

Ya lo encontré, ya un acero
osa oponerse a mi rabia.
La oscuridad nada importa,
que la embravecida llama
del valor que arde en mi pecho,
del enojo que me inflama,
sobra para que lo encuentre,

(Se cruzan las espadas varias veces, y luego se separan y se pierden. Salen Doña Leonor y Doña Elvira. Leonarda y Anacleta, con luces. El Rey envaina de pronto y se emboza.

Pierres se mete debajo de la mesa.)

COMENDADOR (Al Rey.)

¿Quién sois vos y qué buscáis
a estas horas en mi casa?

REY (Con. moderación y sin desembozarse.)

Tened. Soy un caballero
que vuestro amparo demanda.

COMENDADOR ¿Cómo...?

REY Escuchadme.

(Aparte.)

Aquí es fuerza

que de mi ingenio me valga
para poder evadirme
sin descubrir a mi dama.

(Alto y con rapidez.)

Señor, me importa ocultarme,
y perseguido sin causa
por la ronda, a vuestra puerta
llegué cansado; al tocarla
para repararme, advierto
que sin cerrar y encajada
paso y refugio me ofrece;
entro, cierro, echo la aldaba,
y buscando ansioso al dueño
por rogarle me ocultara
mientras pasaba el peligro,

siguiendo de luz lejana
las vislumbres, aquí llego,
donde me encuentro a dos damas
haciendo labor; se asustan,
huyen, las luces apagan,
y me quedo amenazado
de vuestro enojo y espada.

DOÑA ELVIRA (A Leonarda, en secreto y con viveza.)

Apóyalo, di que abierta
la puerta quedó, Leonarda.

LEONARDA (Poniendo el candelero sobre la mesa.)

Señor, perdóname. Es cierto.
que olvidé el echar la aldaba
cuando entrasteis, porque a voces
las señoras me llamaban.

Y estando así no es extraño...

COMENDADOR (Indeciso.)

¿Quién...? La prudencia me valga.

¿Quién que sois un caballero,
quién que os persigue sin causa
la Justicia me asegura?

Y aunque así sea, ¿mi casa
qué inmunidad os ofrece?

Dicho habéis que os importaba
ocultaros, y este dicho
despierta sospechas claras.

Si sois traidor a mi rey,
si enemigo de mi patria,
si por crímenes de Estado
la Justicia tras vos anda,
¿pensáis que yo en mi conciencia
de encubridor y de capa
puedo serviros, burlando
la acción de las sacrosantas
leyes? ¡Jamás!

DOÑA LEONOR (Al comendador.)

Ya acogido,

señor, a tu amparo...

COMENDADOR

Calla,

que no entiendes de estas cosas.

(Al Rey.)

¿Mis reflexiones os pasan?

Si por dicha vuestro nombre
a satisfacerme basta,

¿por qué lo ocultáis?... Decidlo.

REY (Dudoso.)

Señor..., ¿mi nombre...? Bastara,

bastara, sí; yo os lo juro.

COMENDADOR ¿Por qué vuestro labio tarda
en pronunciarlo?... ¿Quién sois?

REY (Desembozándose y presentándose con dignidad en medio de la escena.)
El rey Francisco de Francia.

DOÑA LEONOR (Cae desmayada en brazos de Elvira.)
¡Cielos!

DOÑA ELVIRA (Colocando en una silla a Doña Leonor.)
¡Leonor!

COMENDADOR (Sorpresa y envainando la espada.)
¡Grave caso!

ANACLETA (Aparte.)

De ocurrencia tan extraña
corro con la nueva al punto.
Grande ventura me aguarda,
pues me encuentro de patitas
entre personas tan altas.

(Vase, dejando sobre la mesa el candelero.)

REY (Aparte.)

¡Ay de mí!, que un rayo han sido
para Leonor mis palabras.
(Alto al Comendador, con dignidad.)

¿Qué os hiela? ¿Qué os petrifica?
Si alguna duda os amaga,
acercad a mí esas luces.
Reconocedme, acercadlas,
que no es la primera vez
que me visteis cara a cara.

COMENDADOR (Sosegado y respetuoso.)

Señor, porque os reconozco
tan gran confusión me embarga,
pues me parece un ensueño,
una pesadilla infausta,
a un rey que está en una torre
verlo a tal hora en mi casa,
en donde forzosamente
le debe de ser negada
la hospitalidad, que el hombre
de menos valor hallara.

(Resuelto.)

¿Qué es esto?... Si vuestra alteza
la fuerte cárcel quebranta,
de mi rey en deservicio
es y en mengua de mi patria,
y yo soy un fiel vasallo,
y soy español sin tacha,
y la lealtad y la honra...

Harto os digo, señor; basta.

REY (Turbado.)

Pues qué, ¿intentáis...?

COMENDADOR

Vuestra fuga

sé, vuestra estrella contraria
os pone en mis manos, juzgue
vuestra alteza, pues inflama
la sangre de caballero
su corazón de monarca,
lo que hacer a mí me cumple
para salvar honra y fama.
Y vuestra alteza conozca
el empeño, la desgracia
con que su regia visita
me trajo a mí y a mi casa.
La ronda, que por respeto
a mi nobleza y mis canas,
y aun indecisa y turbada
al cabo vendrá a allanarla,
y al veros aquí conmigo,
(Con grave entereza.)
pues, ¡vive Dios!, no se aparta
de mí un punto vuestra alteza,
cómplice con razón clara
me creará de vuestra fuga,
¿y cómo borro esta mancha?
(Entra Anacleta.)

ANACLETA Cuanto ésta noche sucede
parece cosa de magia.
La ronda con gran silencio
se marchó.

COMENDADOR Con ella vayan
mil Satanases.

DOÑA ELVIRA (Admirada.)

¿Marchóse?

ANACLETA No hay ya en la calle ni un alma.

LEONARDA (A Anacleta.)

¿Y aquella gente maldita
que por el jardín andaba?

ANACLETA También marchó, volavérunt.
(Aparte.)

Como que yo a la antesala
contigua los he traído,
y desde ella ven la zambra.
y oyen con mucho contento
cuanto en esta pieza pasa.

PIERRES (Saliendo de debajo de la mesa.)

Señores, muy buenas noches.
LEONARDA (Dando un chillido.)

¡Ay!

ANACLETA (Santiguándose.)

¡Jesús!, una fantasma.

COMENDADOR ¿Y quién es ese demonio?

REY Mi bufón. ¡Maldito!

PIERRES A gatas

he estado bajo el bufete,
devanado en telarañas,
mientras que se iba la ronda,
pues las rondas me dan bascas.

REY (Con gran desahogo.)

Supuesto que ya la ronda
sin más insistir se aparta
y retiró los esbirros
con que ese jardín guardaba,
que quien yo soy no sabía
parece una cosa clara;
que me siguió por seguirme,
que al fin perdió mis pisadas,
que entrar aquí no me ha visto,
y así felizmente acaba,
comendador, vuestro empeño,
y mi grave apuro cambia.

COMENDADOR Y qué, ¿señor...?

REY (Con risueña soltura.)

Ahora resta

que a vos y a estas nobles damas
pida y suplique rendido
dispensen molestias tantas,
con que imprudente he turbado
el reposo de esta casa,
y tomando su licencia
(Al Comendador.)
y dándoos a vos las gracias
regreso al punto a la torre
antes que noten mi falta.

Vamos, Pierres.

COMENDADOR (Deteniéndole.)

Vuestra alteza

pienso que de burlas habla.
¿Cómo puede imaginarse
que yo en su escolta no vaya?

REY (Sorprendido.)

¿Vos, conmigo...?

COMENDADOR Ciertamente,

señor, y la cosa es clara,
pues que me cabe la honra
de ser vuestro alcaide y guarda,
(Con entereza.)
que aquí estáis tan prisionero
como en la torre.

REY (Confuso.)

Me pasma
vuestro arrojo... Yo he salido
de la torre noches varias
sólo a divertirme un rato...
y siempre he vuelto..., que...

COMENDADOR

Nada

de lo que ocurrió otras noches
quiero saber, pues me basta
veros ésta fugitivo,
teneros, señor, en casa,
de vuestra regia persona
reconocer la importancia,
y que de ella apoderarme
y con fuerza asegurarla,
porque a mi rey sirvo en ello
y en ello sirvo a mi patria,
es mi obligación. Yo mismo
preso os llevaré. Leonarda,
echa la llave a la puerta
pronto, y a mis manos tráela.

(Vase Leonarda.)

REY (Impaciente.)

Mas..., comendador, ¿qué es esto?

COMENDADOR Cachaza, señor, cachaza.

Sin escándalo del mundo,
sin que se trasluzca nada
y sin que en Madrid se diga
que burláis la vigilancia
de los que a su cargo os tienen
ni que habéis (pues fuera causa
de hablillas) echado mano
de una fuga que os infama;
con el respeto debido
a vuestra persona sacra,
mas, ¡vive Dios!, muy seguro
a la torre destinada
para guardaros, yo mismo
os conduciré.

(Entra Leonarda.)

LEONARDA (Entrega una llave al Comendador.)

Tomadla.

COMENDADOR (Toma la llave.)

Esperad un breve instante.

(Vase precipitado por la puerta del foro.)

PIERRES (Al Rey.)

Dimos, señor, en la trampa.

DOÑA ELVIRA (Aparte.)

¡Cielos!, ¿qué irá a hacer mi tío?

REY (Aparte.)

¡Qué gente la castellana!...

Todo me parece un sueño.

¡Leonor!... Mi pecho se abrasa.

Aprovecharé este instante.

(Se acerca a Doña Leonor.)

¡Leonor, Leonor!...

DOÑA LEONOR (Se levanta de la silla muy afligida, pero con mucha dignidad.)

¿Qué me manda

vuestra alteza?

REY ¿No me dice

vuestro labio...?

DOÑA LEONOR Señor, basta.

Ya sólo en mi pecho quedan

lágrimas y no palabras,

(Sale el Comendador trayendo en la mano una rica faja moruna de seda y oro.)

COMENDADOR Señor, vuestra alteza es mozo,

otro joven lo acompaña;

yo soy anciano sin fuerzas

más que en la honra y el alma;

con vos solitarias calles

de oscuridad circundadas

voy a atravesar, y es justo

que un preso tal, de importancia

tan grande, de tanto brío,

de tanto poder y fama,

en manos de un pobre viejo

bien asegurado vaya.

REY ¿Seguridad suficiente

no puede dar mi palabra?

COMENDADOR ¡Ah señor!, a vos apelo...

Perdonadme, ya empeñarla

no podéis, que allá en la torre

os la piden y reclaman.

REY (Aparte.)

¡Vive Dios!, que me confunde,

y que el rostro se me abrasa.

COMENDADOR (Con respeto.)

Yo, señor, no oso privaros,

¡Dios me libre!, de la espada,
que espada de un rey tan sólo
otro rey ha de tomarla,
como no sea con gloria
en el campo de batalla;
mas permitiréis que os ligue,
(Hinca una rodilla.)
rindiéndome a vuestras plantas,
los brazos, y no os asombre,
con aquesta rica faja.

REY (Aparte.)

Este viejo testarudo
sin duda alguna me ata.
Mejor es tomarlo a burlas
y salga por donde salga.

COMENDADOR Pues de tal origen viene

y está a tanto acostumbrada,
que aunque os sujete un momento
vuestra dignidad no empaña.
(Poniéndose en pie y con dignidad y entereza.)

Yo se la gané al Malique
en el asalto de Baza,
aun de su valiente sangre
la ilustran antiguas manchas.

Y yo sujeté con ella
al rey chico de Granada
cuando rindió al gran Fernando
los castillos de la Alhambra.

REY (Aparte y entusiasmado.)

¡Con qué respeto lo escucho!
¡Oh, qué sangre tan hidalga!

COMENDADOR Ya veis que tal ligadura,

que parece que se aguarda
por el misterioso Cielo
para ocasiones tan altas,
no afrenta, no. Con sus nudos
no deshonor lo que enlaza.

REY (Asombrado.)

¡Comendador!, ¿no hay remedio?

COMENDADOR (Resuelto y empuñando la espada.)

No hay remedio, rey de Francia.

(Entra de repente Hernando de Alarcón, y detrás de él, muy embozados, quedándose en ala
a la entrada, el Emperador, el Conde y Tomate.)

ALARCÓN Sí lo hay, que en buena ocasión
de este empeño a libertaros,
y el regio preso a tomaros
llega Hernando de Alarcón.

(Todos quedan asombrados, y Pierres, con mucho miedo, se esconde entre unos y otros.)

COMENDADOR (Aparte.)

¿Y por dónde este hombre ha entrado
si yo tengo aquí la llave?

REY (Aparte.)

Ya es el conflicto más grave.

PIERRES Ahora el serón se ha llenado.

ALARCÓN (Al Rey, con entereza.)

¿Y qué es aquesto, señor?
¿Cómo vuestra alteza aquí?
¿Puede comportarse así
persona de tal valor?
¿Tan esclarecido rey
la pleitesía quebranta
y huella con libre planta
del juramento la ley?
A un caballero le guarda
de su palabra el seguro,
no reja, no alzado muro.
no vigilante alabarda.
Vos la palabra me disteis
de aquel juramento, amén
de no fugaros... ¡Muy bien
ambos empeños cumplisteis!

REY (Mortificado.)

Noble alcaide, perdonad;
deponed el justo enojo.
De escucharos me sonrojo,
mas mi descargo escuchad.
Que aunque hablar yo no debiera
y a mi majestad ofendo,
satisfaceros pretendo,
porque mi pecho os venera,
y porque hay un caballero
y unas damas que esto ven.
y me interesa también
salvar mi honra lo primero.

(Con dignidad.)

No falté a la pleitesía
ni a mi palabra falté,
pues yo tan sólo juré
que jamás me fugaría.
Y cual bueno lo cumplí,
aunque tuve la ocasión...
mas nunca la tentación,
porque para rey nací.
Un mes hace, un mes cumplido,

que todas las noches salgo...
¿Y habéis advertido algo?...
Fugarme hubiera podido,
pues no lo hice, ¡vive Dios!
Si he dado fiel cumplimiento
a palabra y juramento,
juzgadlo, cual noble, vos.
(Enojado.)

He salido a divertir
mis penas, mas no a fugarme.
Nadie, pues, puede afrentarme
ni yo lo he de permitir.

DOÑA LEONOR (Aparte.)

¡Y qué bien que se defiende
de haberme a mí asesinado!...

DOÑA ELVIRA (Aparte.)

¡Qué galán y bien hablado!
¿Qué helado pecho no enciende?

COMENDADOR Señor Alarcón, su alteza
prueba muy bien su lealtad.

ALARCÓN Comendador, es verdad;
mas con una sutileza...

Y todo se lo concedo,
mas que de mí se ha, burlado,
y mi buena fe engañado
dejar aparte no puedo.

(Al Rey.)

Me habéis burlado, señor,
burlado mi buena fe...

Ahora, ¿qué responderé
al augusto emperador?
Satisfacción conveniente
y satisfacción cabal
esta ofensa personal
reclama debidamente.

Y yo, ¡alto al rey!, os la exijo,
caballero a caballero,
esgrimiendo el noble acero
en lugar y en plazo fijo;
y pues vuestra dignidad
tal empeño no permite,
porque tan sólo se admite
donde hay perfecta igualdad,

(Con calor.)

venga un francés campeón,
el que más al mundo asombre,
a lidiar en vuestro nombre

con Hernando de Alarcón.

(Se descalza un guante y lo tira al centro de la escena. El Emperador se desemboza repentinamente, y se le ve ricamente vestido y con el collar del Toisón de Oro, y recoge el guante con gran rapidez. El Conde y Tomate se desembozan y descubren. Todos quedan en actitud del mayor respeto.)

EMPERADOR (A Alarcón.)

Baste.

(Al Rey.)

Llegad a mis brazos,
generoso rey de Francia,
y vuestra noble arrogancia
en tan amistosos lazos
la paz firme venturosa
que entre los dos reina ya.

REY (Arrojándose en los brazos del Emperador.)

Esta la firma será
de fuerza más poderosa.

EMPERADOR Aun más que amigos, hermanos

nos vea la cristiandad
guerra hacer a la impiedad
y guerra a los mahometanos.

REY Y a ambos unidos, señor,

nos vea el Asia con espanto
ganar el sepulcro santo
en que durmió el Salvador.

ALARCÓN (Al Emperador, hincando una rodilla.)

Invicto César...

EMPERADOR (Dándole su guante y alzándole con gran atención.)

Alzad.

Sé lo mucho que valéis.

Nada que decir tenéis.

Conozco vuestra lealtad.

COMENDADOR (Hincando una rodilla delante del Emperador.)

¡Oh qué gozo!... Permitid,
pues mi humilde choza honráis,
y en alcázar la tornáis
el más alto de Madrid,
que a vuestros pies este anciano
hoy su familia os presente
y que pida reverente
besar vuestra sacra mano.

EMPERADOR Alzaos, comendador.

De Calatrava claverero
os nombro, que premiar quiero
tanta nobleza y valor.

(El Comendador le besa la mano.)

¿Son éstas vuestras sobrinas?

COMENDADOR (Presentándole a Doña Elvira.)

Elvira.

(Doña Elvira se arrodilla y le besa la mano.)

EMPERADOR Sois muy hermosa.

COMENDADOR (Presentándole a Doña Leonor.)

Leonor.

EMPERADOR (Mirando maliciosamente al Rey.)

¿Y por qué llorosa...?

(Al Comendador.)

Tenéis dos perlas divinas.

Id y besadle la mano,

porque en ello tendrá gusto,

y porque acatarle es justo

al rey de Francia, mi hermano.

(Llega el Comendador al Rey y le besa la mano.)

REY De castellano tan fiel

que no me desaire espero,

y le nombro caballero

de la Orden de San Miguel.

(Llega Doña Elvira.)

Esta cadena, señora,

(Se quita una cadena del cuello y se la pone a Doña Elvira, sin permitir que le bese la mano.)

os recuerde al desgraciado

que en vuestra casa ha logrado

entrar en tan buena hora.

(Llega Doña Leonor muy turbada.)

Siento en el alma el disgusto

que sin querer os causé.

En vuestro rostro se ve

que aun no calmó vuestro susto.

(Rehusa el que le bese la mano.)

DOÑA LEONOR (Aparte.)

¡Cruel!

REY (Aparte, a Doña Leonor.)

¡Ah!, me estoy muriendo.

Soy más infeliz que vos.

DOÑA LEONOR (Aparte, al Rey.)

¡Ay!... No lo permita Dios.

REY (Alto.)

Que me permitáis pretendo

que a vuestra belleza añada

de dote cien mil ducados,

que años mil afortunados

gocéis, con gusto, casada.

DOÑA LEONOR (Con altivez.)

Gracias os doy. Mas no admito,

porque tengo pensamiento
de retirarme a un convento,
donde nada necesito.

ANACLETA (Aparte.)

¡Repentina vocación!

DOÑA LEONOR (Clavando los ojos en el Rey.)

Este mundo es todo engaños,
y quiero burlar sus daños
en eterna reclusión.

REY Pero el dote es vuestro ya,
y de él podéis disponer.

(Aparte.)

¡Oh, qué celestial mujer!

DOÑA LEONOR (Aparte.)

Mi alma adorándolo está.

EMPERADOR (Al Rey.)

Señor, hermano y amigo,
a que hablemos más despacio,
y a descansar a palacio
venid, os ruego, conmigo.

REY César generoso, aún no;

que a la torre he de volver
por exigirlo un deber
con que es fuerza cumpla yo.
Que el mundo diga no quiero
que fugitivo me ha hallado
la paz, habiendo faltado
a la fe de caballero.

Y para satisfacer
al respetable Alarcón,
con él sólo a la prisión
esta noche he de volver.

(Alarga la mano a Alarcón con mucha gracia y amabilidad.)

EMPERADOR Tal delicadeza admiro.

Con la pompa conveniente
en cuanto empiece en Oriente
el próximo sol su giro,
y con gran solemnidad
ardiendo mi corte en galas,
iré a buscaros en alas
de nuestra eterna amistad.

Sevilla, 1840.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

